UNA LITERATURA ENTRE DILACIONES, INCERTIDUMBRES Y ANSIA DE MODERNIDAD

Stefano Tedeschi

1. Las instituciones culturales y el cambio de las ideas

El siglo XIX, y en particular su segunda mitad, representa para las colonias americanas del imperio español un periodo con perfiles absolutamente peculiares. Sacudida por cambios estructurales y por importantes acontecimientos externos, la sociedad americana se transforma radicalmente. Aunque sigue dependiendo plenamente del orden impuesto por la metrópoli europea, se vive en ella el surgimiento de un universo de grupos, autores individuales y proyectos culturales que preparan, de manera sin duda problemática y todavía indefinida, los cambios que se desencadenarán después en los años por venir.

Por tanto, si el siglo XVIII hispanoamericano se presenta como un tiempo singular, suspendido entre herencias del pasado y una irrefutable voluntad de modernidad, la literatura del siglo no puede más que reflejar las contradicciones y ambigüedades de la época: la "Edad de las Luces" se presentará entonces rica en claroscuros, en zonas de sombra en que se va formando una identidad muy original, una cultura que al final podrá proponerse con caracteres resueltamente innovadores frente al mundo entero.

Todo empieza con el cambio dinástico que, tras aparecer en España a inicios del siglo, comienza a surtir efectos concretos en América sólo hacia fines de la década de 1840: los Borbones traen consigo ideas nuevas y proyectos reformadores vinculados con modelos franceses y aplican una forma de despotismo iluminado que se impone, no sin dificultades, como la única solución posible para salir de la crisis en que había caído España, situación que pegó de lleno hasta en los dominios americanos.

El orden colonial establecido después de la Conquista, con todas sus estructuras administrativas derivadas de la España del siglo XVI y con la organización eco-

nómica y social vinculada con ellas, parece haber entrado en una grave crisis: los vínculos entre la metrópoli y los virreinatos se muestran muy debilitados y las autoridades locales, de los virreyes a los corregidores, gobiernan al parecer con absoluta autonomía: la misma presencia española se reduce cada vez más a las áreas urbanas y a las regiones de más antigua conquista. De este modo, las fronteras meridionales y septentrionales se vuelven inciertas e inseguras, y además se multiplican las irrupciones de las potencias europeas rivales en la zona del imperio. Por ejemplo, los ingleses ocupan Cuba y salen de ella sólo gracias a las concesiones sobre el comercio de los esclavos, los franceses y los holandeses promueven con éxito el contrabando y los portugueses se asoman al Paraguay, con lo que se rompe el aislamiento que había persistido, desde luego con todos sus límites, durante casi dos siglos.

En el nivel de gobierno, la gravedad de la situación la expresa claramente por primera vez José del Campillo y Cosío, con su *Nuevo sistema de gobierno económico para la América* (1740), que representa el proyecto más claro de reformismo borbónico aplicado a las colonias americanas, huella sobre la cual avanzarán todas las disposiciones de la monarquía española por lo menos hasta inicios del siglo XIX, con el fin, como sea muy claro, de "dar consumo a nuestros frutos y mercancías…", dentro de un sistema en el que América representa aún "una porción considerable de monarquía en el que cabe hacer las mismas reformas que en España".[1]

En realidad, al otro lado del Atlántico se habían puesto en movimiento cambios sociales y económicos de tal envergadura que volvían inderogables las reformas, aunque sólo servirían después para denunciar la cada vez mayor separación entre la voluntad del gobierno central y la dinámica de la sociedad americana, hasta dar origen en algunos casos a rebeliones que aumentarían en forma e importancia hacia fines del siglo, como en el caso de la famosa rebelión de Tupac Amaru.[2]

[1] José del Campillo y Cosío, *Nuevo sistema de gobierno económico para la América, con los males y daños que le causa el que hoy tiene, de los que participa copiosamente España, y remedios universales para que la primera tenga ventajas considerables y la segunda mayores intereses,* Madrid, 1789, citado por Malamud Rikles, 1988. El otro texto gubernamental básico para comprender la política borbónica respecto de América es el de Pedro Rodríguez de Campomanes, *Apuntaciones relativas al comercio de las Indias para resolver las cuestiones sobre él suscitadas,* Madrid, 1779.

Una reseña sintética de los textos del siglo XVIII español relativos a los dominios americanos es la de R. Ezquerra, 1962.

[2] Las rebeliones que se suceden en el imperio fueron estudiadas repetidas veces, de modo especial la de Tupac Amaru en el Perú, y a veces se les vincula con las sucesivas guerras de independencia. Uno de los estudios más recientes sobre ese tema es el de J. Pérez (1977), que pone en duda dicho vínculo, demasiado mecánico, y contiene sugerencias de gran importancia para comprender mejor todo el tema de la relación entre siglo XVIII e independencia.

Estos profundos cambios se relacionan muy estrechamente con el desarrollo y la estructuración de las instituciones culturales y con la producción de los textos. Así, la consideración del conjunto de obras y autores del siglo, aunada a la especificidad del punto de vista literario, permite comprender aún mejor el conjunto de realidades del siglo XVIII y, sobre todo, delimitar hasta qué punto los protagonistas de la época lograron expresar su percepción de semejantes transformaciones.

Los polos en torno a los cuales se organiza la vida intelectual se diversifican de modo significativo en el siglo XVIII y permiten una mejor difusión de los libros y las ideas, tanto en el sentido geográfico como en el aumento de los posibles destinatarios, aunque todavía resulta difícil cualquier tipo de valoración estadística.

Las universidades siguen cumpliendo, bien que mal, un papel central en la cultura colonial, aun cuando, por estar sujetas a durísimas críticas, se ven obligadas a modificar sus propios planes de estudio. La reforma universitaria y el debate que la acompaña se dan en todo el continente, de la Universidad de San Marcos en Lima a la de San Carlos en Guatemala, hasta las universidades de la Compañía de Jesús en la Nueva España, y revelan el grado de difusión de las nuevas ideas, al tiempo que evalúan el desarrollo de las diferentes órdenes religiosas, a cuyo cargo se confiaban los centros universitarios, incluso si a menudo, como en el caso de los jesuitas, las declaraciones de principios no corresponden a la práctica educativa.

Sin embargo, queda fuera de duda que la institución universitaria no abandona su papel de centro privilegiado del debate cultural: el contraste entre la introducción de las ciencias modernas, propuesta por un Clavijero o por un León y Gama, y las resistencias de los partidarios de la escolástica tradicional, que en todo el continente reaccionan con desdén frente a las reformas que precisamente se van abriendo camino, es una de las constantes a todo lo largo del siglo. De la universidad y de la diáspora de los jesuitas saldrán las contribuciones más importantes a la historiografía y a la filosofía, como tendremos ocasión de observarlo con precisión más adelante.[3]

[3] La elaboración filosófica americana del siglo XVIII conoce cierta renovación, sobre todo gracias a las obras de A. de León y Gama y a las de los jesuitas, como M. Peramás. La resistencia de los centros universitarios vinculada con la escolástica tradicional es sin embargo muy fuerte y no permite un franco desarrollo original de la filosofía, que permanece sometida a la influencia europea. En A. Guy, 1989, hay un breve análisis de los filósofos del siglo XVIII, mientras un estudio más específico es el de J. Pérez, 1988.

En una posición a veces polémica, otras complementaria, con el mundo académico, se encuentran los grupos a los que conocemos con el nombre de Sociedades de Amigos del País, creados a semejanza de las asociaciones españolas homónimas. Los diferentes círculos, de distinta composición numérica y de duración variable conforme a la ciudad en que se forman, dan vida a una serie de iniciativas culturales, de las cuales la más importante está representada por el nacimiento de una publicación periódica de relativa difusión que permite expresarse a los sectores más avanzados de la sociedad.

Esas primeras sociedades literarias tienen puntos de contacto sintomáticos con los nuevos Consulados de Comercio, estructuras económicas locales destinadas a apoyar y a ampliar iniciativas comerciales autóctonas: en más de un caso, como en el ejemplo de Chile, se manifiestan como puntos de convergencia para gestiones de negocios y una embrionaria vida de sociedad de tipo urbano, y más tarde asumen el papel de polos de atracción de las nuevas ideas políticas.[4]

La publicación de diarios periódicos y de una cantidad bastante mayor de libros se debe también a la propagación de la tipografía, hecho que permite cierta autonomía en la producción cultural, aun cuando las técnicas utilizadas son todavía arcaicas y no conllevan un resultado económico significativo.

Como sea, la difusión de los textos sigue limitada a un número muy reducido de lectores, a grupos socialmente bien identificados, a menudo exiguos, que han instaurado una relación de gran vitalidad con la literatura de su época, tanto que en muchos casos es casi imperceptible la frontera entre autores y lectores.

Un ulterior núcleo de fermentos intelectuales está constituido por los teatros, a veces monumentales, que en aquellos años se construyeron en todas las principales ciudades americanas. En ellos se desarrolla una frenética actividad de representaciones escénicas y si bien se privilegia la producción europea, sobre todo del popular género del melodrama, el incremento cuantitativo de los espectáculos da testimonio de un nuevo público, diferente del de las cortes y de las representaciones religiosas.

A la sazón, los nuevos destinatarios aspiran a ideas y formas más modernas y la apertura al mundo europeo no español les proporciona las primeras señales de profundos cambios de mentalidad, mutación de los puntos de referencia tra-

[4] El vínculo entre las primeras revistas, las Sociedades de Amigos del País y los Consulados de Comercio lo ha sugerido Hernández Sánchez-Barba, 1987.

dicionales frente a los cuales el público culto hispanoamericano reacciona, como veremos claramente, con una ambivalencia rica en significados.

En realidad, el impacto de las ideas del Iluminismo no se esboza como un caso de trasplante malogrado a la realidad americana de lejanas teorías extranjeras, sino más bien como un ejemplo de respuesta y selección, por parte de la élite cultural, frente a un sistema de pensamiento que imponía una nueva y más profunda reflexión acerca del propio modo de ser.

Intentaremos entonces identificar cuáles son los posibles niveles de contacto y las coordenadas dentro de las cuales las nuevas ideas procedentes de Europa se fusionan con el desarrollo de la sociedad americana. De este modo será posible determinar en libros, artículos, diarios y novelas de qué forma y con qué artificios se unen, por ejemplo, los progresos de la ciencia y la permanencia de la escolástica, o qué frutos pueden dar la fidelidad al proyecto del absolutismo iluminado y la atención a las reivindicaciones criollas.

Los ejemplos más claros de los resultados de tal comparación se encontrarán en la historiografía de los jesuitas expulsados, en la elaboración de los proyectos tanto de los administradores reales como de los viajeros doctos, y en la feroz réplica con que los americanos responden a las calumnias de cierta parte de la cultura europea.

Por tanto, la Ilustración, así como otros movimientos culturales sucesivos, no encuentra a su arribo al otro lado del Atlántico un espacio vacío, sino un ambiente abigarrado y compuesto que al mismo tiempo que acoge las nuevas propuestas las modifica y las reelabora en una constante obra de adaptación a las condiciones sociales y materiales en que opera.[5]

Un ejemplo muy claro de ello es que, más tarde, la reconstrucción de Gerbi se conocerá como "Disputa del Nuevo Mundo", aquella larga y a veces tortuosa polémica en torno a la presunta decadencia del hombre y de la naturaleza americanos.[6]

[5] Los historiadores de la cultura han discutido largamente en torno a la existencia de una Ilustración hispanoamericana; así se ha hablado, por ejemplo, de Ilustración católica, de "eclecticismo", etc. También se sacaron a la luz los límites de dichas definiciones y la distancia respecto de la filosofía europea, además de estudiar la efectiva difusión y conocimiento de los escritos de los ilustrados en la América de lengua española. No obstante todas las posibles cautelas, no es posible negar la existencia de un trayecto de la Ilustración en América que sin duda revela diferencias, aun significativas, con la cultura europea contemporánea, pero que muestra una notable vitalidad.

[6] Además del libro de Gerbi (1955), la discusión del Nuevo Mundo ha interesado a muchos estudiosos. Recordemos aquí algunas contribuciones italianas: G. Imbruglia, 1983; G. Marchetti, 1980, y S. Buccini, 1990.

La "disputa" es un modelo ejemplar de la insalvable diferencia entre el punto de vista europeo, interesado en la elaboración de leyes generales y en la repartición del universo en categorías y grupos, y la respuesta americana que no sólo se opone con vehemencia a las falsedades propagadas por un De Pauw o un Raynal, sino que reacciona a esas acusaciones con el ahondamiento y el redescubrimiento de la naturaleza y de la historia del propio mundo, que se obstina en llamar "nuevo". De hecho, la disputa genera un movimiento de estudios e investigaciones que se sitúa en los más altos niveles de la historiografía y de la ciencia del siglo XVIII.

Los instrumentos de la modernidad —entre los cuales resalta un nuevo tipo de historia basado en testimonios y en investigaciones de archivo, en el interés en las ciencias experimentales y el análisis de los mecanismos sociales y económicos— serán utilizados entonces en una verdadera polémica con la Europa que los había generado; así, por primera vez los "americanos" se apoderan de las mismas armas para ocuparse de sí mismos y de sus propios destinos.

La regla que unió entonces a autores, incluso a los muy diferentes entre sí, es la del vínculo constante que mantienen todos con sus propios orígenes, del nexo inseparable entre pertenencia a una realidad histórica y natural bien definida y un compromiso cultural cuya validez universal queda plenamente revalorada.

Semejante tensión, común, aunque de diferentes formas, a los jesuitas expulsados y a los administradores españoles, a los viajeros europeos y desde luego a los intelectuales criollos, y su carácter de urgencia, de tarea ya no aplazable, acarrea consecuencias notorias en el plano más específico de la historia literaria. La mayor parte de los autores de ese periodo se dedica a un exasperado poligrafismo y aúna a la actividad de escribir otros, y a menudo más importantes, cargos civiles o religiosos. Sin embargo, dicho poligrafismo no es reducible a una componente episódica, sino que responde ante todo a un proyecto, a una voluntad precisa de influir en la realidad concreta y al profundo vínculo que se instaura entre el intelectual y los múltiples campos de la experiencia, ninguno de los cuales ha de eludir la posibilidad de ser modificado o de llegar a formar parte del "paraíso de lo útil" que, en el siglo XVIII, empieza a configurarse como una de las posibles imágenes de América.

El poligrafismo como programa se relaciona con un abandono gradual de los géneros tradicionales y con la introducción de nuevas formas y maneras literarias. En realidad, la vitalidad de la cultura del siglo XIX no se expresa en los

géneros hasta entonces dominantes: la poesía lírica y la religiosa, la historiografía de género clásico-renacentista, la crónica, la épica y los romances tienden a desaparecer o a reproducirse en versiones tardías y repetitivas de modelos en lo sucesivo caducos.

En cambio, muchas narrativas se valen de nuevas clasificaciones, que se vinculan con las exigencias de una sociedad en evolución. Por tanto, también para la América de lengua castellana es necesario ampliar los criterios de inclusión de la historia literaria, como ya se dio en otros ámbitos geográficos: en su interior encontrarán entonces carta de ciudadanía una historiografía que a menudo se asemeja al relato etnográfico, un enciclopedismo con voluntad de exaltación polémica, algunas primeras tentativas de narrativa novelesca, las relaciones de viajes y la memoria científica, así como el artículo periodístico y el poema didáctico.

La ampliación del campo de observación debe extenderse también a los criterios lingüísticos y nacionales: la cultura americana del siglo XVIII acoge también autores italianos, como Boturini y Malaspina, franceses, como La Condamine, o alemanes, como Humboldt, y en ella circulan obras en latín e italiano, dramas en quechua y relaciones de viaje publicadas en París o en Londres, como sucede con las *Noticias secretas de América,* de Jorge Juan de Santacilia y Antonio de Ulloa. En un momento de transformaciones cruciales, la mirada de los viajeros que vienen del extranjero revela el espesor y la especificidad de la nueva América que va naciendo. Como afirmó Octavio Paz a propósito de los poetas mexicanos del siglo XVII que "descubrieron la naturaleza americana a través de los modelos europeos",[7] en el siglo XVIII los textos de los observadores externos mostrarán a los habitantes del Nuevo Mundo las peculiaridades de su propio espacio.

Algunos elementos temáticos y formales parecen asumir el carácter de constantes en un marco que podría padecer una fatal dispersión entre textos a menudo muy diversos: el uso repetitivo de la acumulación descriptiva; la continua referencia a un público real al que se dirige con un insistente modo vocativo, y una difusa voluntad de proyecto poco propositiva, que incluye un punto de vista siempre abierto al futuro, representan sólo algunos de los ejes interpretativos en un panorama de otro modo inorgánico.

[7] O. Paz, "Poesía mexicana", en *Las peras del olmo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957.

Por otro lado, el viaje constituye un hilo conductor temático simple y llano. En la América del siglo XVIII, autores y textos se mueven en forma continua, se dispersan en espacios inmensos, en la realidad y en la ficción: los jesuitas se ven obligados al exilio; las expediciones científicas atraviesan los Andes y se introducen a la selva amazónica; los protagonistas de las novelas viajan, en sueños o con el objetivo de concluir buenos negocios; regiones tranquilas y casi olvidadas sufren trastornos por las visitas de los inspectores del rey, como sucede con Gálvez al norte de la Nueva España, y con Moreno y Escandón en la Nueva Granada; las ruinas perdidas de los antiguos imperios mexicanos y peruanos salen a la luz gracias a las exploraciones de los precursores de la arqueología americana, en la senda de una recuperación del pasado que coincide con un concreto movimiento de investigación. Entonces, no resulta casual que el texto más importante del siglo sea una guía para "ciegos caminantes", un itinerario de Montevideo a Lima a lo largo de las paradas de posta y la transición a un tiempo nuevo estará marcada por el viaje que se vuelve memoria, por las peripecias de fray Servando Teresa de Mier que se transforman en página escrita.

Un ulterior problema abierto está representado por la posición temporal en que se encontrarán muchos autores, suspendidos entre una cultura colonial en lo sucesivo en decadencia y una nueva realidad todavía políticamente independiente de la que vendrá.

El término "precursor" se aplicó a escritores y textos interpretativos sólo como clave de anticipación de entidades futuras con las cuales en realidad tienen poco que ver. En este sentido, los estudios de Bernard Lavallé y de Anthony Pagden[8] definieron con claridad lo que se conoce como "conciencia criolla" y sus principales características: los criollos pertenecen a un grupo étnico específico, delimitado por elementos de raza y de nacimiento en América, siendo hijos de padres europeos; además, conservan una superioridad respecto de los otros grupos con que han de convivir y expresan una continua voluntad reivindicativa frente al poder central por el que se sienten venidos a menos y marginados; asimismo, primero elaboran un fuerte apego al continente americano y después a sus realidades regionales individuales, así como una constante

[8] Los estudios fundamentales sobre el criollismo son los de B. Lavallé, 1982 y 1983, y A. Pagden, 1989 y 1990, y, por la parte mexicana, de J. Lafaye, 1974.

actitud de conflicto respecto de los españoles enviados por la metrópoli con cargos administrativos y judiciales. Los criollos representan entonces un grupo económica y socialmente emergente excluido de la gestión del poder político: a él pertenecen muchos de los autores del siglo XVIII y, como sea, todos han de confrontarse.

La conciencia criolla antecede, temporal y conceptualmente, a la sociedad nacional, y establece con ella una complicada relación de precedencia que se estructura de diferentes modos según la realidad local, también como consecuencia del proceso de regionalización, espacial y administrativa, que se desarrolla a todo lo largo del siglo. Por ese motivo los criollos cubanos y peruanos, más vinculados con la metrópoli, se diferencian de los de la Nueva Granada o de Río de la Plata, más expuestos al contacto con la frontera y con el mundo externo y que, por tanto elaboran ideas más avanzadas e innovadoras.

En la segunda mitad del siglo XVIII, en la conciencia criolla se abre camino la idea de "emancipación"; esto es, un proyecto para alcanzar una amplia autonomía administrativa y legislativa en las colonias: un nuevo pacto con la monarquía española habría tenido que sentar sobre bases de igualdad los diversos reinos vinculados con el gobierno de Madrid. La evolución de la conciencia criolla y el surgimiento de la idea de emancipación representan los puntos de partida necesarios para toda relación que se desee establecer entre el siglo XIX y la independencia; forman un marco dentro del cual el desarrollo histórico delineará el nacimiento de las nacionalidades americanas, aunque no sin la aparición de puntos de discordia o abiertas contradicciones con la estructura primaria, y superando más bien las ideas y los proyectos peculiares del siglo XVIII.[9]

2. La vitalidad de la producción historiográfica

El desarrollo de la literatura del siglo XVIII delinea un profundo cambio en la idea del espacio y del tiempo americanos, una imagen muy novedosa que empieza a proponerse como esbozo de un "ser americano", como proyecto naciente de una identidad por venir.

[9] Sobre la relación entre Ilustración e Independencia, véase Whitaker, 1961; J. Pérez, 1977, y el volumen colectivo *Homenaje a Noël Salomon,* 1979, en particular el estudio de F. López ahí contenido.

El campo de la escritura histórica, de la reflexión racional acerca de un pasado percibido como propio, es el campo en que es posible identificar con mayor precisión en qué medida la difusión del pensamiento iluminado influyó en dicho cambio.

El siglo XVIII es en realidad el siglo de la historia: una multiplicación extraordinaria de la historiografía se acompaña por modificaciones importantes y significativas del concepto mismo de devenir americano; las nuevas modalidades de investigación, basadas en la crítica de las fuentes y en el reconocimiento de los archivos y de los testimonios, provocan una completa renovación del estilo y de la forma de las narrativas históricas.

El ciclo de la historia de género clásico-renacentista concluye con la *Historia de la conquista de México: población y progreso de la América Septentrional conocida como Nueva España,* de A. de Solís (1680), obra de todos modos reimpresa en México muchas veces a lo largo del siglo XIX, y al mismo tiempo agota la serie de las crónicas que deja espacio para los diarios de viaje, las relaciones administrativas y una inclusión diferente del yo autobiográfico en la literatura, como veremos después en el *Lazarillo de ciegos caminantes* de Concolorcorvo.

Además, desaparece todo programa de historia general, de un relato global que pueda abarcar la totalidad del continente. La última tentativa de este tipo, emprendida por Juan Bautista Muñoz con su *Historia del Nuevo Mundo* (1793), enfrenta la dificultad objetiva de aplicar los modernos métodos de investigación a la enorme realidad americana, y con los obstáculos que le oponen sus envidiosos colegas académicos, el autor de hecho sólo verá publicado un volumen, dedicado al periodo que va hasta 1515. La investigación, larga y profunda, de los testimonios y de los materiales de primera mano que lleva a cabo Muñoz antes de iniciar su obra queda, por tanto, como un experimento ejemplar, sobre todo frente a aquellas tentativas de síntesis de escritores extranjeros, como Raynal y Robertson, que se sitúan como antagonistas polémicos privilegiados de los historiadores hispánicos, ya sea americanos o peninsulares.[10] El proyecto de la *Historia del Nuevo Mundo* es, en todo caso, respaldado significativamente por la corte de Madrid y, para este propósito, Carlos III nombra a Muñoz "cosmógrafo mayor de las Indias": las reformas borbónicas también requieren una visión renovada del conjunto de los dominios americanos, por lo que la época del

[10] La obra de Muñoz fue estudiada por J. Alcina Franch, 1988.

descubrimiento y de la Colonia ha de ser revisada y corregida en función de la nueva voluntad de los gobernantes.[11]

A lo largo del siglo, la historiografía americana se volvió cada vez más regional, se dedicó con creciente atención a los territorios que permanecían hasta ese momento marginales, inició una subdivisión del espacio en regiones y áreas sumamente diversificadas que conocieron, como veremos, una evolución temporal que en absoluto era reducible a modelos generales: los historiadores ya no escribieron *Historias generales* ni *Historias de la conquista*, y en su lugar aparecieron *Historias antiguas* e *Historias morales y civiles,* amén de *Noticias, Informes, Relaciones* y *Cartas*, y el saber de los historiadores se difundirá entonces en todo tipo de textos.

A la primera mitad del siglo pertenecen tres escritos que contribuyen de diverso modo a generar una ruptura inicial con la tradición anterior.

Aun cuando la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* de José de Oviedo y Baños (1723) parece aún muy vinculada con modelos afines a la crónica, presenta ya algunas novedades: la limitación programada del argumento a una realidad local no representa para el autor una descalificación, sino más bien manifiesta una intención precisa de revalorar el propio ámbito espacio-temporal, de situar una zona hasta entonces marginal al imperio americano en el centro de atención, en su transformación de tierra virgen en región plasmada sobre modelos europeos, una tierra que para Oviedo y Baños posee títulos de excelencia:

> En la época de la Conquista esta tierra estaba habitada por una incontable multitud de naciones diferentes […] en el estado de paganismo en el que se encontraban, sus usos y costumbres eran bárbaros, sin instituciones, ni un gobierno ni una religión que pudiera distinguirlos como seres racionales […].
>
> La ciudad de Caracas se encuentra en una posición de tal manera favorable que sin duda es la mejor de las que existen en América, ya que no sólo es sumamente salubre, sino que es tal que la primavera parece haberla elegido como su es-

[11] Una respuesta significativa al proyecto de la monarquía borbónica que expresa la obra de Muñoz está constituida por una curiosa *Carta crítica* de un no mejor identificado Francisco Iturri, publicada en Madrid en 1798. La identificación del autor con uno de los jesuitas expulsados ha sido cuestionada recientemente por J. Alcina Franch, quien propone más bien atribuirla a uno de los adversarios académicos del cosmógrafo mayor.

> table morada […] la habitan, además de una incontable cantidad de negros y mulatos, cerca de mil españoles, y entre ellos hay dos nobles de Castilla y muchos otros señores de elevada estirpe que la ennoblecen. Los criollos que viven ahí tienen un intelecto agudo y vivaz, son corteses, afables y prudentes.[12]

En una región como Venezuela, que en aquellos años se encontraba en los inicios de un importante repunte económico, se empieza a observar la formación de una conciencia criolla más precisa que, si ya existía desde los inicios de la colonia, encontrará sólo hasta el transcurso del siglo XIX la capacidad de dotarse de instrumentos conceptuales a la altura de las grandes funciones que se atribuye.

Si bien en el prólogo, Oviedo y Baños revela haber seguido un sistema de investigación más moderno, a pesar de ello la estructura del libro del historiador venezolano se muestra aún muy ligada al estilo barroco y a una concepción historiográfica arraigada en la presencia europea, en la conquista y en el establecimiento de los colonos.

Una perspectiva similar caracteriza también a otra obra, pocos años posterior a la primera: *El Orinoco ilustrado y defendido* de José Gumilla (1741), un jesuita español que describe con riqueza de particularidades y abundancia de anécdotas su experiencia misionera a lo largo del Orinoco. Sin embargo, en Gumilla es posible percibir otros asomos de modernidad, vinculados también con la representación del mundo cuya historia se relata.

El punto de referencia de la narración es el curso del río, el flujo impetuoso de un protagonista natural que condiciona cualquier forma de existencia: el avance de los europeos hacia el interior, las tentativas de navegarlo, las dificultades de las poblaciones que habitan sus márgenes. El marco natural se vuelve entonces el elemento principal, y se superpone de manera decisiva a la evolución histórica que por otra parte permanece ligada a los progresos de los misioneros en su obra de evangelización.

Además, la historia de Gumilla se vuelve a menudo un relato personal, un testimonio que sin duda tiene relaciones directas con las crónicas y con las *Lettres édifiantes et curieuses* que los jesuitas publican en gran número en Europa a fin de dar a conocer la universalidad de su proyecto y la amplitud de los conoci-

[12] J. de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela,* Madrid, 1964, pp. 13 y 171.

mientos adquiridos: primera fuente de noticias exóticas para un público europeo que se mostraba ávido consumidor de semejante literatura.

La experiencia del misionero valenciano muestra sin embargo un desplazamiento importante en el objeto descrito y en sus finalidades: la narración autobiográfica ya no se centra en los acontecimientos vinculados a la conquista, como sucedió en el caso de las crónicas del siglo XVI, sino que se propone como exploración de un mundo externo, como una mirada que se dirige a los elementos naturales, en este caso preponderantes, y a las realidades humanas, como sucede con las poblaciones con que Gumilla entra en contacto, que le revelan aspectos del mundo hasta ahora desconocidos, como el veneno:

> Por ese motivo el indio no se espanta cuando se encuentra de improviso frente a un tigre; con toda calma saca su flecha, apunta y la lanza, seguro de que gracias a su habilidad no errará el tiro y aún más seguro de que basta herir ligeramente la punta del hocico o cualquier otra parte del cuerpo porque la bestia dará un par de saltos y caerá muerta.[13]

El *Orinoco ilustrado y defendido* pertenece, por tanto, al mismo tiempo a la historia, al libro de viaje y a la crónica misionera, y presenta desde el título una voluntad del todo nueva: *ilustrar* el Orinoco no significa sólo relatar un espacio, sino que también permite *defenderlo*, sin duda aún no de los ataques de un De Pauw, pero sí de la constante polémica que desde los primeros años del descubrimiento atribuye una presunta inferioridad del Nuevo Mundo.

El tercer libro representa una tendencia completamente diferente de la reflexión historiográfica. En efecto, aludimos a la *Idea de una nueva Historia General de América Septentrional* de Lorenzo Boturini Benaducci (1746), un personaje sin duda singular en el panorama del siglo XVIII americano. Italiano de nacimiento y de formación, ligado a la corte española y al grupo de italianos que la frecuentan en la primera mitad del siglo, llega en la década de 1730 a la Nueva España, sin el necesario permiso real, no por algún oscuro proyecto de espionaje, sino por una absoluta e ingenua ignorancia de la ley.

En México, se interesa inmediatamente por la devoción guadalupana y descubre los relatos relativos a la supuesta predicación de santo Tomás en las Amé-

[13] J. Gumilla, *El Orinoco ilustrado y defendido*, Bogotá, 1955, cap. XII.

ricas: estudia la recolección de Sigüenza y Góngora, en aquella época todavía conservada en su integridad, y este reencuentro lo impulsa a elaborar un proyecto original, tanto por su estructura como por la filiación cultural de que procede. Los problemas que pronto empieza a tener con las autoridades del virreinato debido a su involuntaria condición de clandestino lo obligan a volver a España, donde sólo podrá publicar un esquema esencial de su programa, precisamente la *Idea para una nueva Historia de la Nueva España* que, empero, debía ser la presentación de una obra monumental que ya no saldrá a la luz. Si bien la crítica ha recalcado a menudo el vínculo entre Boturini y la idea del tiempo de Giambattista Vico, esta consideración, sin duda relevante para la historia de las ideas, contiene por lo menos otros dos elementos que ameritan valorarse con atención.

En efecto, en primer lugar, en el proyecto de Boturini ocupan el mismo nivel el carácter clásico europeo y la civilización precolombina de América:

> Observamos en la historia griega, que es la que mejor se ha transmitido de la antigüedad, que sus predecesores adoraban doce de los principales dioses, pero según yo se confundían entre las dos épocas, la oscura y la fabulosa. Los indios por el contrario reconocían trece divinidades propias y particulares de esta primera era, correspondientes a las *triadecatéridas* […].[14]

mientras las edades de los hombres que describe Vico se ubican en las diversas fases del calendario mexicano. De este modo, la historia precolombina asume un nuevo significado, se empiezan a entrever las diferencias de un mundo que a menudo se describía y concebía como un bloque único, desde el punto de vista espacio-temporal:

> De acuerdo con la idea de la famosa división del tiempo que enseñaron los egipcios, he subdividido la Historia Indiana en tres épocas. La primera, la de los Dioses; la segunda, la de los Héroes; la tercera, la de los Hombres, y me atrevo a afirmar que semejante historia no sólo puede compararse con las más célebres del mundo, sino directamente superarlas.[15]

[14] L. Boturini Benaducci, *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional,* México, 1974, p. 36.
[15] *Ibid.*, pp. 31 y 33.

Aunque la propuesta de Boturini será superada rápidamente, queda como ejemplo, precoz y agudo, de inserción del tiempo americano en un marco más amplio que lo considera no como un apéndice exótico, sino con el mismo valor que las otras historias, con la dignidad con que se trataba a los antiguos egipcios y griegos de la época de Pericles.

Es necesario no olvidar la importancia de Boturini en la investigación, descripción y catalogación de las "antigüedades indianas" procedentes de la recopilación mexicana de Sigüenza y Góngora y que reunió en un "Museo Indiano", hoy día desdichadamente perdido: en su obra aparecen continuamente referencias a dichos documentos y reliquias, que se vinculan con las repetidas citas de los historiadores de origen indígena.

La curiosidad por un pasado irá transformándose poco a poco en un plan de investigación y de conservación de los restos de las antiguas civilizaciones precolombinas, que marcará el inicio de la moderna arqueología americana.

Con Carlos III, las recopilaciones reales de las antigüedades indias reciben un gran impulso, y las autoridades recomiendan a los responsables de las expediciones científicas enviadas a América no dejar de reunir todo hallazgo que pudiera enriquecer dichas recolecciones. A partir de esos años, los descubrimientos empezarán a multiplicarse y los criollos los utilizarán con el evidente objetivo de mostrar sus propios antiguos tesoros, en absoluto inferiores a la recién descubierta Pompeya.

En Perú serán José Eusebio de Llano Zapata e Hipólito Unanue, quienes establecerán el vínculo lógico entre la belleza de las ruinas incas y el orgullo americano:

> El estudio de los monumentos que edificaron los peruanos para exhibir su poder y perpetuar su memoria; el relato de sus gestas gloriosas; las tradiciones y los restos de los antiguos usos y costumbres que todavía subsisten entre los indios modernos, quienes conservan y protegen con obstinación las antiguas reliquias; el descubrimiento de los edificios que edificaron por magnificencia o por necesidad, todo ello ofrece ciertamente una luz nueva capaz de iluminar la oscuridad en la que se encuentra la parte histórica y civil de la monarquía peruana, por todo el tiempo anterior a la conquista.[16]

[16] J. H. Unanue y Pabón, *Obras científicas y literarias*, Barcelona, 1914, t. II; el escrito fue tomado

Por su parte, en México, el descubrimiento de las ruinas de Tajín y Xochicalco pone en movimiento un proceso de gran significado: una primera relación técnica de Antonio de León y Gama es comentada por Alzate en *Gaceta de Literatura de México,* en la cual se exalta la calidad de los restos salidos a la luz. Ese artículo servirá después de punto de partida a un breve escrito de un jesuita expulso, Pedro José Márquez, en que la polémica acerca del Nuevo Mundo se une a una apreciación estética de la civilización americana.

Los ensayos *Sobre lo bello en general* y su *Due antichi monumenti de architettura messicana…* (Dos antiguos monumentos de arquitectura mexicana…) del joven jesuita representan la primera tentativa de inserción del arte azteca, y precolombino en general, en una estética universal, en la cual los criterios de belleza se amplían de tal manera que pueden abarcar todo el mundo.[17]

La arqueología se vuelve entonces un motivo de reflexión cultural, un indicio posterior de la apropiación del pasado americano por parte de los criollos, con el fin patente de buscar en un pasado ajeno sus propios antepasados ilustres.

En la segunda mitad del siglo se asiste asimismo a una multiplicación de las obras históricas, debida a un interés cada vez mayor en el mundo americano, y a un importante fenómeno de regionalización del espacio continental. Dicho proceso nace de la reestructuración provocada por las reformas de la administración borbónica que, por una parte, confiere nuevos límites y divisiones a los virreinatos, a las audiencias y a las provincias y, por otra, estimula y favorece la expansión hacia zonas de frontera consideradas hasta ese momento de poca importancia: de aquí se originan las expediciones científicas y se da un impulso al desarrollo y a la fundación de nuevas ciudades cuyo ejemplo más sobresaliente está representado por el nacimiento y el rápido desarrollo de Buenos Aires y de la región de Río de la Plata que, en 1776, se volverá un virreinato autónomo.[18]

de un artículo preparado para el *Mercurio Peruano* y forma parte del programa de estudios de la Sociedad de Amigos del País de Lima.

En lo que respecta a Llano Zapata, sus *Memorias histórico-físicas-apologéticas de la América Meridional* se reprodujeron en *Revista Peruana,* vol. II, Lima, 1879.

[17] Las dos obras más importantes de Pedro José Márquez son los breves ensayos *Sobre lo bello en general* (Madrid, 1801) y *Due antichi monumenti di architettura messicana* (Roma, 1804), que muestran con claridad las ideas estéticas del jesuita mexicano. Márquez conjuga con gran habilidad los cánones neoclásicos con una apreciación del arte precolombino, en la tentativa, común a otros de sus cofrades americanos, de producir una síntesis constructiva entre la universalidad jesuita y la originalidad americana. Con Márquez, la alteridad del Nuevo Mundo entra a formar parte de la historia del arte mundial.

[18] Un estudio reciente sobre la política de fundación de nuevas ciudades y de ampliación de los asenta-

En el lapso de pocos años se escriben abundantes obras dedicadas a regiones en que aún no se llevaba a cabo una investigación histórica: el *Compendio histórico de la Provincia de Guayaquil,* de Dionisio de Alcedo y Herrera (1761); la *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales*, que representa la primera historia de Cuba, de José Martín Félix de Arrate (1761); la *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía,* de fray Antonio de Caulín (1779); la *Noticia del Gran Chaco,* de Joaquín Camaño (1778), y el *Ensayo sobre la Historia natural del Gran Chaco,* de José Jolís; el *Compendio de la Historia civil del reino de Chile,* de Juan Ignacio Molina (1787), y la *Historia del reino de Quito,* de Juan de Velasco (1789), son sólo los ejemplos más interesantes de un complejo de obras que aguardan en gran parte una edición moderna.

Las breves historias de Arrate y Caulín revelan de modo ilustrativo dos aspectos centrales del desarrollo de la historiografía del siglo XIX. En efecto, la *Llave del Nuevo Mundo,* de Arrate, aun cuando permaneció inédita durante casi 70 años, representa un modelo de la visión del tiempo desde el punto de vista criollo: la colonización de Cuba, y en general de las islas caribeñas, se narra de manera funcional para los intereses criollos, grupo al que pertenece Arrate.

La conquista y el sometimiento de las poblaciones autóctonas, así como su desaparición y sustitución por esclavos negros, ocupan sólo un breve capítulo de la historia y contienen algunas anotaciones significativas:

> el Rey autorizó la importación de trescientos esclavos negros: una disposición originada sin duda por la evidente disminución de los indígenas, que ha sido atribuida por algunos a la epidemia de la viruela, y por otros a la prohibición de la poligamia y al cambio de hábitos, pero yo considero, con mayores argumentos históricos, que aun si esas causas contribuyeron a ella, ninguna fue tan decisiva como su propio furor rabioso […] es claro que nada muestra mejor las ventajas y el beneficio que ha-

mientos americanos es el de F. de Solano (1988). En el siglo XVIII nacen nuevas ciudades en todo el continente, y sobre todo en las zonas fronterizas: bastará recordar la fundación de San Francisco en California en 1776, de Los Ángeles pocos años después, de Puerto Cabello en Venezuela en 1735, Montevideo en 1714 y Osorno, en Chile, en 1788. Hay que señalar además la reconstrucción de la ciudad de Guatemala y, en Chile, de Concepción, destruidas por dos terremotos, en 1773 y 1756, respectivamente, y la particular atención que se dio a la sistematización de una serie de líneas de fortificaciones para defender las fronteras septentrionales y meridionales del Imperio: California, Patagonia y Paraguay son circundadas por este tipo de sistemas defensivos que forman un cinturón de seguridad de gran eficacia. La iniciativa de la fundación de la ciudad se delega en gran parte a particulares, con lo que se repetía el esquema ya experimentado en la época de la conquista.

> bría procurado a la isla la conservación de los indígenas como la consideración de la cantidad casi infinita de recursos que de ella han traficado los extranjeros gracias al transporte y al comercio de los negros […].[19]

Por otro lado, se da un gran espacio a la formación de la sociedad de origen hispánico, a su crecimiento y a sus progresos, todo dentro de esa evolución que hizo de Cuba, en una época sólo punto de tránsito de las flotas transoceánicas; la isla de las plantaciones, que puede mostrar con orgullo sus riquezas y sus maravillas arquitectónicas, a las que el autor dedica gran parte del libro, como se ve de la descripción de un paseo a las puertas de La Habana:

> Esa natural belleza, gracia y magnificencia que guarnece los campos está embellecida y adornada por numerosas casas de campo, algunas de construcción rústica, otras de arquitectura más urbana, puestas a una distancia conveniente entre sí en la llanura y sobre las colinas, dando entonces una apariencia placentera que torna delicioso y grato el camino para los viajeros.[20]

Arrate se sitúa entonces en un extremo de la conciencia criolla, el que privilegia el propio ser americano *y* español, con la sensación de superioridad que nace de haber construido una colectividad rica y civil a partir de una realidad que se presenta como una original tabla rasa.

La *Historia corográfica* de Antonio Caulín muestra, por su parte, otra vertiente de la experiencia americana, que coincide en muchos puntos con la de las misiones jesuitas. La Nueva Andalucía era una provincia en la frontera con la Guyana holandesa donde, por mucho tiempo, la única presencia europea estaba constituida por misioneros franciscanos que, con diversos resultados, habían iniciado la evangelización y colonización de esa zona.

Fray Antonio de Caulín desea recordarnos el esfuerzo secular y, para alcanzar su objetivo, hace preceder la historia por una introducción general acerca de lugares de que hablará; por tal razón, la suya será en realidad una historia *Corográfica*, descriptiva de los lugares y enriquecida con mapas e ilustraciones conforme a los cánones de la época, y *Evangélica*, dedicada a los hermanos que lo

[19] F. de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales,* La Habana, 1964, pp. 36 y 40.
[20] *Ibid.,* p. 242.

precedieron en aquella inhóspita región. Los elementos innovadores aparecen sobre todo en la descripción, sintética pero precisa, de un ambiente natural y humano aún por descubrir, de un mundo que frente a los europeos decide retirarse a la selva, evitar un encuentro cuyos peligros conoce:

> En general, los indios no aceptan las medicinas que les sugieren los misioneros o cualquier otro español, debido a la desafortunada convicción de que prolongan la enfermedad o que aceleran la muerte; por tal motivo, normalmente se curan con hierbas o raíces de la montaña, aun si éstas no tienen más efecto en sus capacidades que el hecho de que un viejo o una vieja se los aconsejó para esa enfermedad.[21]

La *Historia* de Caulín volverá a proponer las temáticas de la reflexión de los franciscanos sobre la conversión de los indios americanos, basada sin embargo en una realidad diferente.

> Un hombre claramente honesto y caritativo, viendo los nocivos resultados de las pasadas conquistas y a los indios dispersos en las montañas para huir de los soldados y deseando poner remedio a este mal, además de la salvación de tantas ánimas [invocó a los franciscanos]: después de haber acompañado ahí a los misioneros, los soldados se retiraron a Cumaná, dejándolos como ovejas en medio de lobos […] El relato de las dificultades y la fatiga que padecieron nuestros primeros hermanos y que aún hoy padecen, al menos aquellos que con un verdadero espíritu misionero intentan convertir a tantos infieles y fundar nuevos asentamientos, requiere una historia demasiado larga.[22]

Aunque el conflicto con el poder político sigue siendo un argumento central, con el paso de los años se perdió toda intención utópica, toda capacidad de proyecto, que por su parte había sostenido a la primera generación de franciscanos llegados a América, una intención ideal que ahora guía todavía a otra orden religiosa, la Compañía de Jesús, a la cual pertenecen todos los demás historiadores que recordamos.

Los jesuitas se dedican a la narración histórica en Italia, a donde llegaron después del decreto de expulsión de los territorios del Imperio español: un

[21] A. de Caulín, *Historia corográfica y evangélica de la Nueva Andalucía,* Madrid, 1964, p. 312.
[22] *Ibid.,* p. 395.

acontecimiento que paradójicamente permite un gran florecimiento de obras historiográficas en los tres últimos decenios del siglo.

La contribución de este grupo a la renovación y al desarrollo de la historiografía es uno de los aspectos menos estudiados del papel de la Compañía en la historia y en la cultura hispanoamericana. En efecto, se ha debatido y ahondado mucho su aportación a la educación de la élite criolla, como en la organización de las famosas "reducciones" de Paraguay, el estudio y el conocimiento de las lenguas indígenas, y el alcance efectivo de su influencia en la elaboración de las primeras teorías independentistas. Con todo, aún falta una valoración sumaria de la reflexión cultural de aquel conjunto excepcional de intelectuales que se encuentra en Italia, físicamente lejos de las tierras americanas y sin embargo con la memoria y la mirada todavía volteadas hacia ellas.[23]

Su relato se configura como un sistema que posee su lógica interna y que se sitúa en relación selectiva y dialéctica con el iluminismo europeo, al que los jesuitas se enfrentan en forma directa justamente en su exilio italiano. A las obras ya mencionadas se deben añadir las del autor más importante, el mexicano Francisco Javier Clavijero, quien con la *Historia de la antigua o Baja California* (1789) y, sobre todo, con la *Historia antigua de México*, publicada en italiano en Cesena en 1780, alcanza los vértices de la narrativa histórica del siglo XVII.[24]

El decreto de expulsión de 1767 sitúa a los jesuitas americanos en una posición que favorece de manera sorprendente la elaboración intelectual: desarraigados de sus lugares de origen, insertos en un ambiente que los acoge con bene-

[23] El estudio más completo acerca de los jesuitas expulsados sigue siendo el de M. Batllori (1968). Por su parte, Vargas Alquicira (1989) propuso recientemente una reseña bibliográfica completa. La situación existencial de los historiadores jesuitas es muy similar a la que Pierre Bayle imagina respecto del historiador real, como lo expresa en el *Dictionnaire:* "[el historiador] debe olvidar que procede de cierto país, que fue educado en cierta comunidad, que debe su fortuna a éste o a aquél, que algunos son sus parientes y otros amigos. Un historiador como tal es como Melquisedec, sin padre, ni madre, ni genealogía". Un estudio detallado de este texto se encuentra en G. Benrekassa (1980).

El grupo de los jesuitas incluye también a otros autores, de diferente importancia y todavía no estudiados analíticamente, como los mexicanos Francisco Javier Alegre y Andrés Cavo; el chileno Manuel Lacunza, autor de *La venida del Mesías en gloria y majestad* (Cádiz, 1812), un interesante tratado milenarista de indudable valor; el poeta mexicano Diego José Abad, autor de obras en latín, y los historiadores paraguayos José Jolís y Joaquín Camaño.

[24] La mejor biografía de Clavijero es la de C. Ronan (1977), que incluye también una muy rica bibliografía. Ronan resuelve asimismo de manera definitiva los problemas de las primeras ediciones de los volúmenes clavijerianos, publicados en italiano pero redactados originalmente en español, como ya lo indicó M. Cuevas en sus ediciones modernas de dichas obras.

volencia pero que no manifiesta, al menos en los inicios, un particular interés en su condición, los padres de la Compañía consagran toda su existencia a la indagación, la investigación y la difusión de los conocimientos acerca de América, sobre aquella tierra que se vieron obligados a abandonar, por la cual sienten la nostalgia del exilio y a la que miran con la perspectiva de la ausencia.

Semejante condición existencial provoca un especial fervor polémico y los sitúa en una zona limítrofe en que pueden moverse con absoluta libertad, ya sea respecto de sus vínculos sociales originales como en las confrontaciones del universo cultural europeo. El hecho de proceder de tierras objeto de la curiosidad de la época les permite asumir el carácter de testigos y proporcionar una información verdadera porque, como repiten continuamente, son los únicos que vivieron en aquel continente.

> Podrán añadir a dichos escrúpulos, para valorar mi obra, haber vivido treinta y seis años en diferentes provincias de aquel inmenso reino, haber aprendido la lengua mexicana y haber compartido durante algunos años la existencia de aquellos mismos mexicanos cuya historia escribo.[25]

La lejanía y la condición de exiliados se aúnan a ser extranjeros, casi intrusos en un mundo que a menudo se interesa en las Américas para buscar respuesta a preguntas europeas, una circunstancia expresada con ironía anecdótica por el ecuatoriano Velasco:

> El episodio de Bolonia fue cómico, casi una comedia en la que los filósofos modernos representaron un papel merecidamente ridículo. Cuando llegó el primer grupo de exiliados del imperio español en 1768, fueron a visitarlos algunas personas de cultura refinada, impulsadas por la curiosidad de conocerlos. El primero con el que hablaron y con quien conversaron largamente fue un joven alto y de bello aspecto. Su gentileza y la vivacidad con la que respondía, suscitó una pregunta por parte de uno de los visitantes, deseando saber de qué región española venía. El joven respondió que de ninguna, ya que era americano. Todos quedaron sorprendidos por la respuesta, casi incrédulos, mirándose los unos a los otros. Confusos por una novedad tan extraordinaria y tras enterarse que casi todos los pertenecientes a aquel gru-

[25] F. J. Clavijero, *Historia antigua de México,* México, 1982, p. xxi.

> po venían del Nuevo Mundo, uno de ellos exclamó: —¿Cómo es posible que tantos autores modernos que han escrito de las Américas hayan podido engañarnos con tales mentiras y embrollos?— En efecto, creían que los americanos, a pesar de ser hijos de europeos, eran enanos, deformes y similares a los toscos indios, como se les mostraba en las ilustraciones que habían visto.[26]

Cuando después nace y florece la polémica acerca de la naturaleza del continente americano, a consecuencia de la publicación de las *Recherches philosophiques sur les Amériques* de Cornelius de Pauw (1768), de la *Histoire philosophique et politique des établissements des Européens dans les deux Indes* de F. Raynal (1775) y de la *History of America* de W. Robertson (1777), llegarán a encontrarse sobre una línea ambigua entre una tradición ahora inadecuada y una modernidad considerada sospechosa y sabrán seleccionar con gran habilidad los elementos más funcionales para su proyecto historiográfico.

Prueba de ello es la fusión que logran en sus escritos los autores más significativos, como Clavijero, Molina, Velasco, entre la que se define como "historia natural", y la más tradicional "historia civil": las dos vertientes parecen complementarias para un conocimiento efectivo del mundo americano, y son puestas al mismo nivel, indicio de una doble presencia entre la globalidad del programa educativo jesuita, ya presente por ejemplo en Acosta, y la utilización de los estudios más modernos en el campo científico, como se manifiesta por la importancia que adquieren los escritos de Molina en lo relativo al conocimiento de la naturaleza en Chile.

Sin embargo, la realidad natural y la historia de los hombres no permanecen en compartimentos separados, sino que logran su punto de encuentro en el uso que le dan los habitantes de aquellas tierras y en los frutos que pueden extraerle. El concepto de utilidad aparece central en el vínculo entre naturaleza y sociedad, y funciona también como clave de lectura de otras posiciones intelectuales del siglo XVIII, como veremos en el caso de los diarios. La subdivisión que propone Clavijero, por ejemplo, del mundo vegetal de la Nueva España revela la multiplicidad de intereses que impregna las "historias" de los jesuitas; en efecto, las plantas de México pueden catalogarse en "plantas recomendables por sus flores, útiles por su fruto, útiles por su raíz, hojas, tallo o madera, provecho-

[26] J. de Velasco, *Historia del reino de Quito,* Puebla, 1961, p. 354.

sas por sus resinas, gomas, aceites y jugos";[27] una clasificación en que, como se ve, no cuentan tanto las características naturales como los posibles usos de las especies seleccionadas.

Semejante procedimiento se asemeja al de quienes, en aquellos mismos años, estudiaban la naturaleza americana, a los viajeros y científicos, y al mismo tiempo permite una ampliación extraordinaria del punto de vista de la observación, que puede pasar entonces de un redescubrimiento de la realidad natural, válido también en clave polémica, para llegar a su recuperación en un plano primero histórico y después de proyecto.

De hecho, la evolución de la idea de América va aparejada a la opinión que han tenido de ella los europeos y frente a la cual los jesuitas expresan, por primera vez de manera coherente y organizada, un juicio autónomo y crítico, como puede observarse en la reflexión de Molina acerca del nombre de los perros americanos:

> En cuanto a los perros, no tengo la intención de afirmar que todas las razas actualmente conocidas en el Reino de Chile se encontraban ahí antes de la llegada de los españoles, dado que supongo que antes de esa época vivía en esa región sólo el pequeño perro lanudo llamado Kilto y el Tegua, o perro común, que se encontraron en todas las tierras descubiertas hasta Cabo de Hornos. Cierto es que esos perros ladran como los originarios de Europa, pero no por ello debe considerarse que vienen del exterior, ya que la opinión de que los perros americanos son mudos se deriva únicamente del abuso cometido por los primeros conquistadores de aplicar, sin tratar de entender mejor, los nombres de las cosas del viejo mundo a los nuevos objetos que se presentaban a ellos con alguna leve apariencia de semejanza o de correspondencia con las que habían dejado en Europa. Sucedió entonces que, habiendo encontrado en México el techichi, un animal mudo de alguna manera similar al perro, aunque de un raza diferente, como lo escribe el abad Francisco Xavier Clavijero en su erudita *Historia de México,* les fue suficiente esa leve semejanza para creer que era un verdadero perro y para darle ese nombre; esto me da un motivo para relatar entre las demás cosas extraordinarias que aseguraban haber encontrado en América, aquella que los perros del Nuevo Mundo no sabían ladrar: una noticia fabulosa que se propagó hasta nuestros días, no faltando naturalistas que la adopta-

[27] F. J. Clavijero, *op. cit.*, p. 11.

> ron como verdad indagada […] Nada ha resultado tan perjudicial para la Historia Natural de América como el abuso que se hizo, y se sigue haciendo, de la nomenclatura: de ello se derivan los deseados sistemas de la degradación de los cuadrúpedos de aquel inmenso continente; y de ello se derivan los ciervos pequeños, los jabalís pequeños, los osos pequeños, etc. […][28]

En este desarrollo se define además un tiempo histórico, que puede dividirse en fases, en épocas diferentes, como intentó hacerlo Boturini en su *Idea*. Los historiadores jesuitas estaban de acuerdo en que el "Nuevo Mundo" ya no era tan nuevo y que en realidad había conocido una larga historia, con poblaciones que habían alcanzado avanzados grados de civilización y otras que estaban al inicio de ella, e identificaron en ambos casos una drástica ruptura del proceso de crecimiento en el momento de la conquista española, acontecimiento que provocó el paso a una era diferente.

Situar la llegada de los europeos como vertiente temporal en el seno de su visión de la historia y expresar un concepto de una nueva división del tiempo implicaba un juicio sobre los habitantes que habían padecido aquella llegada como una ruptura trágica con el pasado. En este plano emergen entonces algunas novedades importantes, sobre todo en lo que respecta a las culturas de los mexicas y de los incas: los aspectos de la vida social, política y económica de esas poblaciones se reconstruyen y discuten, aunque con el auxilio de los primeros descubrimientos arqueológicos, y en muchos casos el juicio de los historiadores es totalmente positivo, hasta el punto de indicar como modelo de virtud la práctica educativa del México antiguo:

> La educación de la juventud, que representa el principio básico de una sociedad y la mejor vía para conocer el carácter de una nación, fue tan válida entre los mexicanos que ella sola bastaría para refutar el altanero desprecio de ciertos críticos que imaginan el dominio de la razón como exclusivo de los confines de Europa.[29]

[28] J. I. Molina, *Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile,* Santiago, 1978, p. 65.
[29] F. J. Clavijero, *op. cit.*, p. 201. La única condena que Clavijero mantiene válida respecto de los antiguos mexicas se refiere a la religión, y en particular a los sacrificios humanos, pero también en este caso se intenta minimizar, o por lo menos relativizar, las características que parecían inaceptables para los europeos.

Esa revaloración implica un juicio paralelo acerca del estado actual de los indios, cuya decadencia Clavijero pone en evidencia:

> Por lo demás, no hay duda que los mexicanos de hoy no son del todo similares a los antiguos, así como los griegos modernos no se asemejan a los que vivieron en los tiempos de Platón y de Pericles. La organización política y la religión de un Estado tienen una influencia demasiado grande en la índole de una nación. En las mentes de los antiguos mexicanos había más ardor, y daban mayor importancia al concepto del honor. Eran más valientes, hábiles, emprendedores y activos, pero también más supersticiosos y crueles.[30]

En los escritos del historiador mexicano, así como en los de Molina, se encuentra también un proyecto de integración, aunque con objetivos esencialmente pedagógicos. Su reflexión acerca del papel de los indios es muy distante de cualquier forma de indigenismo *ante litteram*, y más bien permanece circunscrita al seno de la sensibilidad colonial; no obstante la preeminencia de los escritos, se observa una tendencia a modificar el punto de vista y a volver a pensar en términos innovadores la totalidad del problema, porque los historiadores se sienten también apremiados por sucesos graves y urgentes: el crecimiento demográfico del grupo indígena asume cierta importancia y algunas de las rebeliones de fin de siglo parecen exigir un renovado esfuerzo de comprensión.

> Pero todo ello es todavía demasiado poco; en efecto, son los indios quienes talan y transportan la leña que se requiere: son ellos quienes quiebran, desplazan y labran las piedras, quienes hacen la cal, el yeso y los ladrillos. Son los indios quienes edifican todos los edificios del reino, salvo en aquellas pocas ciudades en las que no hay indios. Son ellos quienes abren y componen las calles, construyen los canales y los diques, y quienes limpian la ciudad. Trabajan además en muchísimas minas de oro, plata, cobre, etc. Son pastores, cultivadores, tejedores, alfareros, panaderos, horneros, carteros, cargadores, etc. En pocas palabras, son los indios los que llevan el peso de todas las obras públicas, como bien se sabe en todas las provincias de aquel

[30] F. J. Clavijero, *op. cit.*, p. 47.

> inmenso reino. Los débiles, perezosos e incapaces americanos hacen todas estas cosas mientras el infatigable Pauw y los demás europeos de su tipo se molestan en escribir calumnias en contra de ellos.[31]

A los ojos de los jesuitas, alejados de los cambios sociales en curso, y sin embargo aún vinculados a ellos, semejante problemática comporta una simple y llana cuestión de alteridad: en una Europa que elabora mitos exóticos y lejanos, orientes fabulosos y salvajes llenos de sentido común, los exiliados americanos se situaban por su parte frente a una diversidad real, frente a grupos humanos que no existían sólo gracias a una fantasía literaria, sino que eran los verdaderos protagonistas de las sociedades de ultramar.

En una América que empieza a diversificarse y a perder el carácter de mundo unitario, indefinido pero uniforme, llegaron a configurarse centros y periferias, a los que corresponden diferentes situaciones históricas. Al centro, en la Nueva España o en el Perú, sobreviven, en un estado de decadencia, poblaciones con un gran pasado en las que influyó mayormente la colonización; por su parte, al margen viven los grupos que, por haber permanecido en niveles inferiores de civilización, mantienen valores y características propias a las que no son insensibles los nuevos habitantes de las tierras americanas, como es el caso de los araucanos descritos por Molina:

> A una propicia constitución física corresponde la índole de su carácter. Son valientes, animosos, intrépidos, resistentes a los esfuerzos de la guerra, generosos con sus propias vidas cuando se trata del bien de la patria, excesivamente amantes de la libertad a la que consideran una parte esencial de su existencia; orgullosos de su honor, sabios, hospitalarios, fieles a sus tratos, agradecidos de los beneficios, generosos y humanos con los vencidos. Pero todas estas bellas cualidades son oscurecidas por los vicios inseparables del estado de vida semisalvaje en la que viven, sin cultura y sin letras […] Si los loables hábitos y los inocentes conocimientos europeos fueran introducidos a ellos, se constituiría muy pronto un pueblo merecedor de la estima universal. Pero esta afortunada combinación, si permanece el sistema actual, parece ser casi imposible.[32]

[31] F. J. Clavijero, *op. cit.*, p. 510.
[32] J. I. Molina, *Compendio de la Historia civil del Reyno de Chile,* p. 111.

Las historias jesuitas no se limitan entonces sólo a describir el mundo indígena, sino que proponen una reconsideración general de la gente americana, por medio de una simplificación del problema étnico:

> En México y en los demás países de América se pueden distinguir cuatro clases de hombres. 1. Los americanos propios, llamados en general indios, es decir aquellos que descienden de los antiguos habitantes del Nuevo Mundo y que no han unido su propia sangre a la de los habitantes procedentes del Viejo Continente. 2. Los europeos, asiáticos y africanos establecidos en esos países. 3. Los hijos o los descendientes de éstos, llamados por los españoles *criollos*, aun si este nombre se da principalmente a los hijos o descendientes de los europeos, cuya sangre no se ha mezclado con la de los americanos, de los asiáticos o de los africanos. 4. Las razas mixtas, llamadas por los europeos *castas*, es decir aquellos que nacen o descienden de europeo y americana, o de europeo y africana, o de un africano y una americana, etcétera.[33]

El punto crucial es el cambio en la subdivisión que empieza a presentarse aquí: en América conviven fundamentalmente dos categorías de hombres: los procedentes del exterior (españoles, negros africanos, asiáticos) y los nacidos en el continente (indios, mestizos o mulatos). La división anterior se confirma con la creación de un adjetivo muy novedoso para la época: los habitantes nacidos en el Nuevo Mundo se llamarán americanos, sean "propios" o adquiridos.[34]

La invención de un espacio interno y otro externo representa la transición definitiva en la determinación de un espacio propio, de un ámbito natural, cultural y social que se percibe peculiar y al que se reconoce pertenecer.

El siglo XVIII americano elabora dicha transición y conforma definitivamente aquello que Lavallé llama la conciencia criolla: los jesuitas contribuyen a ese proceso con el reconocimiento de una historia propia, de una *Historia antigua*, con la definición de diversos niveles de civilización, con la narración de hechos en que se imponen héroes positivos y negativos, como los reyes aztecas de Clavijero y los jefes araucanos de Molina, los míticos soberanos preincas de Velasco y los oscuros antecesores de los habitantes del Gran Chaco. Este tiempo recobrado se uti-

[33] F. J. Clavijero, *op. cit.*, p. 503.
[34] La génesis del adjetivo "americano" ha sido reconstruida por Pagden (1989).

liza en dos direcciones complementarias, una de tipo polémico, para mostrar a los escépticos destinatarios europeos los propios antepasados ilustres, comparables a los antiguos griegos o a los egipcios, y una más funcional a la sociedad americana, para ofrecer, como lo mostró claramente Pagden,[35] un pasado que pareciera creíble a aquel grupo criollo que ya no consideraba suficiente el simple reclamo de la conquista y de la colonización de la tierra en que vivía. Los criollos descritos por Molina son los verdaderos destinatarios del proyecto jesuita:

> Los criollos, que son aquí la mayoría, son descendientes de los europeos. Su carácter es del todo semejante al de los demás criollos americanos, procedentes de cualquier país europeo, salvo algunas pequeñas diferencias provocadas por la diversidad de clima o de gobierno. Se pueden observar en todos las mismas ideas y la misma calidad moral. Semejante homogeneidad, digna de una mayor atención, hasta donde sé no ha sido investigada por ningún filósofo en toda su importancia. Aquello que los viajeros inteligentes y sin prejuicios han descrito acerca de los criollos de origen francés o inglés puede por lo tanto aplicarse sin problemas a los de Chile.
>
> En general están dotados de una buena inteligencia y logran notables éxitos en todas las disciplinas a las que se dedican. Podrían hacer grandes progresos importantes en las ciencias aplicadas, como los que ya han alcanzado en la metafísica que se les enseñaba, si tuvieran los mismos estímulos y los mismos medios que existen en Europa.[36]

También el tipo de narrativa histórica se vuelve funcional al proyecto educativo dirigido a los criollos: tras abandonar todos los artificios barrocos, los autores del siglo XVIII se concentran ahora en una progresiva linealidad estilística, adoptando una sintaxis que privilegia los nexos lógicos más inmediatos, y la hipérbole se sustituye por la acumulación descriptiva, largas listas de carácter enciclopédico que tienden a sugerir una impresión de abundancia más que de sorpresa.

[35] El empleo de la historia precolombina en las reivindicaciones criollas es analizado de manera profunda por Pagden (1989), Lafaye (1974) y Villoro (1968) en lo tocante a la Nueva España. Las conclusiones de Gruzinski (1987) son sin duda muy interesantes y, a partir de las nuevas perspectivas, es posible ahondar algunos aspectos de su investigación.

[36] J. I. Molina, *Compendio de la Historia civil del Reyno de Chile,* p. 164. La comparación entre los criollos chilenos y los de origen francés e inglés asume un valor particular, ya que el ensayo de Molina se escribió en 1787; es decir, después de la independencia de Estados Unidos: la homogeneidad en el carácter de los criollos parece contener un valor político, por otra parte no profundizada por el propio Molina.

El particular punto de vista que prefieren los historiadores provoca una frecuente inserción de incisos autobiográficos, de intervenciones en primera persona que a menudo adquieren un tono de exhortación: el uso vocativo de la narrativa histórica muestra de nuevo la existencia del doble público al que se dirigen: por una parte el europeo, el lector más probable, dada su proximidad geográfica, al que le interesa la descripción y la historia de todo aquello que está lejos,[37] y, por otra, el americano, más difícil de alcanzar pero hacia el cual se dirigen los exhortos más apremiantes para redescubrir y encargarse de esos espacios y de ese nuevo tiempo.[38]

3. Las publicaciones periódicas como lugar de debate

Los lectores que imaginaron los jesuitas se mantuvieron para ellos como un público virtual, debido a que sus obras conocerían una difusión tardía en América. Aun así, las ideas y los proyectos que elaboraron en el exilio encontraron eco en un género literario que nace justamente en el siglo XIX: los diarios y las primeras revistas de opinión.

A pesar de ser un fenómeno de gran importancia, todavía no se ha estudiado en su totalidad, y el periodismo del siglo XIX padece una tremenda escasez de textos, debida tanto a la exigüidad de los diarios individuales como a la dispersión geográfica de los centros de producción.[39]

La primera publicación periódica conocida en América es la *Gaceta de Mé-*

[37] El interés de la cultura del siglo XVIII europea, y en particular italiana, para América fue descrito por Gerbi, Batllori y Buccini en las obras citadas. Queda todavía por ahondar la relación entre los filósofos napolitanos, Grimaldi, Genovesi y Galiano, y la Ilustración española y americana.

La elección llevada a cabo por los jesuitas de publicar sus obras en lenguas diferentes al español (Clavijero, Molina y Márquez publican en italiano, Landívar en latín) parece vincularse con el deseo de entrar en contacto con el público europeo, italiano en particular, y no de ser tachada de una forma de resentimiento hacia la corona española.

[38] La visión general del desarrollo histórico de los jesuitas sigue siendo muy providencialista, pero se excluyen las causas sobrenaturales que habían llenado las páginas de las crónicas y de las historias del siglo XVI. La crítica de los milagros o la desaparición del diablo como personaje real de la historia americana no llevan a una visión exclusivamente humana del devenir histórico, sino más bien a una forma de cristianismo ilustrado, semejante al que se observa en la Europa de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Los jesuitas expulsados representan por tanto un importante centro de reflexión, aún no totalmente revalorado respecto de la cultura europea contemporánea.

[39] Falta un estudio global acerca del periodismo del siglo XVIII, así como ediciones completas de aquellas hojas. El material está bastante disperso y, sobre todo, subdividido respecto de los autores individuales más que en relación con las revistas.

xico, boletín de carácter informativo publicado en dos series diferentes en 1722 y 1742. Periódicos del mismo tipo fueron, al menos en su primer periodo, la *Gaceta de Guatemala* (1729, después 1731-1814), la *Gaceta de Lima* (1743-1767, después con nombres diferentes hasta 1821), la *Gaceta de La Habana* (1764-1766, después con finalidades diferentes, 1782-1783), la *Gaceta de Santa Fé de Bogotá* (1785) y la *Gaceta de Caracas*. A partir de la década de 1770, nace una serie de revistas que dan un importante espacio a artículos de opinión y de información crítica: en México, el *Diario Literario de México* (1768) y el efímero *Asuntos varios sobre ciencias y artes* (1773) de José Antonio de Alzate y Ramírez; el *Mercurio Volante* (1772-1773) de Ignacio Bartolache; después la nueva *Gaceta de México* de Manuel Antonio Valdés (1784-1809); el *Diario de México* (1805-1817); la *Gaceta de Literatura de México*, de nuevo fundada por Alzate (1788-1794), para acabar con el *Pensador Mexicano* (1812) de José Joaquín Fernández de Lizardi, que ya nos conduce a los años de la Independencia. En Guatemala, la *Gaceta* local se transforma, a partir de la década de 1780, en periódico de opinión y de polémica. En Cuba, Diego de la Barrera da vida al *Papel periódico de La Habana* (1790-1804), mientras en Bogotá nacen el *Papel periódico de la ciudad de Santa Fé de Bogotá* (1791-1795), seguido por el *Redactor Americano* (1806-1809), ambos de Manuel Socorro Rodríguez, y complementados por la *Tertulia Eutropélica* de Bogotá y por el *Semanario de la Nueva Granada* (1810) de Francisco José de Caldas. En Quito, Francisco de Santa Cruz y Espejo publica los doce números de las *Primicias de la Cultura de Quito* (1792), mientras nace el *Mercurio Peruano* (1791-1795) (también tres publicaciones por semana), a cargo de la local *Sociedad de Amigos del País*, a la que precede por poco el *Diario de Lima* (1790-1793), primer cotidiano americano. Lima conocerá después un verdadero florecimiento de diarios en los años y en los meses que preceden a la Independencia, como sucederá en alguna medida en todas las grandes ciudades coloniales. En Buenos Aires, la resistencia de las autoridades virreinales a conceder el permiso necesario retrasa la publicación del primer diario a 1801, año del nacimiento del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, al que siguen el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807) de Hipólito Vieytes, el *Correo de Comercio* (1810-1811) de Manuel Belgrano y la *Gaceta de Buenos Aires* de Mariano Moreno.

Este primer inventario, al que todavía se podrían añadir nombres de periódicos de breve vida y de los cuales existen escasos ejemplares, revela la existencia

de una inicial pero ya sólida trayectoria periodística que precede a la Independencia y que se mantiene viva a pesar de las mil dificultades organizativas y económicas que enfrenta: muchas de las primeras revistas desaparecen más por falta de fondos que por problemas de censura.

A semejante presencia de diarios americanos es necesario añadir la difusión que alcanzan los periódicos españoles contemporáneos de interés americano, sobre todo la *Gaceta de Madrid* y el *Correo de España y sus Indias* (1792-1808) y la popularidad de las publicaciones de carácter anual, entre las cuales las más famosas seguirán siendo las peruanas: el *Conocimiento de los tiempos*, iniciada por Peralta Barnuevo y terminada por Cosme Bueno (1733-1798), la *Guía Política, Eclesiástica y Militar del Virreinato del Perú* (1793-1797) de Hipólito Unanue, y el *Almanaque Peruano y Guía de Forasteros* (1799-1814).

Un complejo de publicaciones de ese género denota la existencia de un conjunto de nuevos lectores que, aun reducido numéricamente, representa a la élite intelectual de la sociedad y se configura como el primer núcleo de una opinión pública en las colonias americanas, el cual parece bastante disperso espacialmente, tanto que ya en el primer decenio del siglo XIX encontramos huellas de actividad periodística en ciudades de provincia como Veracruz y Guadalajara, en México, o en Santiago de Cuba.

Es posible subdividir tales revistas en por lo menos tres categorías:

a) Boletines informativos, llamados en general *Gacetas*, que publican informaciones comerciales, legislativas y religiosas: su función esencial era la de hacer circular noticias que pudieran interesar a la buena sociedad colonial, a la que se proporcionaba un nuevo instrumento de participación en la vida colectiva.

b) Publicaciones anuales, con datos astronómicos, meteorológicos y agrícolas relativos al periodo al que estaban dedicadas; su difusión aumenta a la par del incremento de los conocimientos sobre los cultivos agrícolas, sobre las posibilidades del comercio y sobre la introducción de nuevas técnicas. Ésas logran una amplia distribución que llega hasta las parroquias rurales y las haciendas de los terratenientes.

c) Diarios que podemos definir de opinión, que privilegian los artículos literarios, políticos y científicos, y que se dedicaban también a la traducción de extractos de revistas europeas; sin duda son éstos los más destacados y parecen ligados esencialmente a dos modalidades de composición: por una parte, los que eran prácticamente obra de una sola persona, entre los cuales los más notables fueron

los de Alzate y de Bartolache en México, y de Espejo en Ecuador y, por otra, los que contaban con un grupo de redacción; entre ellos resaltan el *Mercurio Peruano* y, en menor medida, el *Telégrafo Mercantil* y el *Semanario de la Nueva Granada*.

La difusión de estos periódicos era muy variada; en 1809, el *Mercurio Peruano* alcanzaba 517 suscriptores y el *Semanario* de Caldas tenía 45. Sin embargo, éstos representan no tanto a una sociedad genérica en mutación como a los círculos homogéneos que operan en su seno y que prefieren la publicación periódica para intentar imponer sus ideas. En efecto, a menudo, como sucede en el caso del *Mercurio Peruano*, los autores y los lectores de estos diarios coinciden y forman un conjunto al que es posible identificar por sus programas e intereses.[40]

El objetivo que persiguen es de carácter educativo y utilitario, y todos se encaminan hacia la instrucción de un público que requiere informaciones y noticias al día sobre su país y sobre el mundo. Una finalidad general que se alcanza mediante algunas técnicas de escritura comunes:

1. Se busca ante todo dar a conocer la realidad en que se vive; a este objetivo se encaminan las descripciones de Caldas de la naturaleza neogranadina, los artículos de Alzate sobre los monumentos precolombinos recién descubiertos, la *Guía* de Unanue sobre el Virreinato del Perú y las traducciones de los informes que Humboldt y Bonpland envían a las revistas europeas durante su viaje americano. Un ejemplo clarísimo de ello es el artículo de apertura del *Semanario* de 1808, escrito por Caldas:

> El *Semanario* del Nuevo Reino de Granada empezará por la condición en la que se encuentra su geografía. Los conocimientos geográficos son el termómetro con el que se pueden medir la cultura, el comercio, la agricultura y la prosperidad de una nación. Su insensatez y su retraso son siempre proporcionales a la ignorancia sobre estos temas.
>
> La geografía es la base principal de todo proyecto político: proporciona los datos de la extensión del país en el que se desea operar, muestra las relaciones en las que se encuentra con las demás naciones de la tierra, la calidad de sus costas, la navegabilidad de los ríos, las montañas que la componen, los valles que éstas forman, la distancia entre las ciudades, las calles ya señaladas y las que se pueden trazar, el clima, la temperatura, la altitud sobre el nivel del mar de todo punto del terreno,

[40] En lo tocante al periodismo del siglo XVIII, recordemos algunos estudios recientes de gran importancia: Y. Águila, 1988; J. P. Clement, 1988, y D. Puccini, 1990.

> el carácter y los hábitos de los habitantes, los productos espontáneos y aquellos que se pueden introducir con nuevas técnicas. Ese es el gran objetivo de la geografía económica, tan antigua como nuestras necesidades, y el *Semanario*, consagrado esencialmente a la felicidad de esta colonia, no podrá inaugurarse de manera más digna que con la presentación de nuestros conocimientos geográficos.[41]

2. Se proponen después innovaciones técnicas, descubrimientos científicos y proyectos económicos destinados a modernizar el continente: pertenecen a esta segunda categoría la *Disertación histórica y política sobre el comercio del Perú* de J. Baquíjano y Carrillo (1791); la *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio en un país agricultor* de M. Belgrano (1796); los artículos de Espejo sobre la medicina en Ecuador; de Alzate sobre el cultivo del cacao, sobre la transformación de las minas y sobre la necesidad de introducir nuevas máquinas agrícolas, y los de Mutis y Caldas sobre experiencias físicas y sobre las mediciones efectuadas en la Nueva Granada.

La idea central subyacente al ansia de modernización es expresada magníficamente por Baquíjano y Carrillo, con todos los artificios que la nueva narrativa periodística requiere; una premisa de carácter general abre el discurso:

> Para tener una idea precisa de un país es necesario conocer exactamente cuáles son los recursos que pueden hacerlo feliz. La cultura, la civilización, las modas, a veces el valor, y la manera de pensar pueden resplandecer o envilecerse en la medida en que se encuentran las actividades económicas y la riqueza de las naciones. Las modernas no prosperan si no es mediante la organización y el mejoramiento de sus comercios, como se observa en el sistema universal de las relaciones sociales y políticas […],

a lo cual sigue después un nuevo tipo de comparación, con una Europa moderna y próspera:

> Holanda debe su existencia y su riqueza al perfecto conocimiento de esta materia y a las buenas combinaciones que ha sabido obtener, no obstante la pobreza de sus

[41] F. J. de Caldas, *Estado de la geografía de Santafé de Bogotá con relación a la economía y al comercio*, en *Obras completas*, Bogotá, 1966, p. 183.

> tierras, húmedas e improductivas. Por el mismo principio, en otros tiempos, se vio coronada de laureles bélicos, dictando leyes en Europa, ya con las guerras ya con los tratados. Inglaterra observa complacida los beneficios de los comercios que el hermano del mi *lord* y del ministro calcula en su despacho de comerciante, ya que bien sabe que sin semejante colaboración sería esclava de ese mismo océano sobre el que quiere extender su dominio. Perú se ha dedicado casi exclusivamente a la extracción de las minas y no ha considerado otro tanto dignas de atención las relaciones comerciales en las que se encuentra;

para concluir con una crítica de la propia situación, que abre el camino a la reflexión propositiva:

> Nuestra Sociedad, consagrada con todo nuestro entusiasmo a hacer conocer el reino y a servirlo en aquello que puede contribuir a su prosperidad, tiene el placer de publicar esta disertación que presenta, por así decirlo, una verdadera disección anatómica del comercio del Perú y considera esta materia como una ciencia positiva.[42]

3. Se busca después educar al público mediante la exaltación de las cualidades de los americanos, sobre todo aplicadas a las ciencias modernas: en este campo se desarrollan las polémicas más encendidas, como la de la *Gaceta de Goathemala* sobre la reforma universitaria y la de Alzate contra la filosofía escolástica.

El concepto esencial que guía estos escritos es el de "utilidad pública": el objetivo común es la búsqueda de una "felicidad general" que parece estar al alcance de la mano, de la que finalmente es posible describir las cualidades y los confines. En el análisis de las condiciones materiales necesarias para la construcción de un renovado "paraíso americano" se empiezan a delinear las primeras diferencias regionales significativas, reconocibles sobre todo en un nivel temático: los diarios mexicanos y peruanos dedican un mayor espacio a la historia, al debate sobre las universidades y a las relaciones con la ciencia y la filosofía europeas, mientras los neogranadinos y rioplatenses se concentran en la agricultura, el comercio interno y externo, y la descripción de la naturaleza, aun

[42] J. Baquíjano y Carrillo, "Disertación histórica y política sobre el comercio del Perú", en J. C. Chiaramonte, 1979, p. 4.

cuando es posible observar una tendencia común a ocuparse de todo el saber humano, a dar vida casi a una enciclopedia americana, confiada a los esfuerzos y al entusiasmo de los promotores de esta empresa cultural, como resalta del programa del *Semanario* de Caldas para 1809:

> Que otros se preocupen con ardor del origen de los pueblos del Nuevo Mundo, que los anticuarios se inquieten en saber quién inventó la brújula; nosotros, más sabios, indagaremos la causa de las enfermedades que nos afligen y exhortaremos a nuestros profesores a fin de que encuentren el remedio para esas terribles enfermedades. Haremos conocer nuestras provincias, mediremos su extensión, sus campos, sus bosques, sus pasturajes y sus cimas. Describiremos sus plantas y sus minerales; seleccionaremos los productos útiles de aquellos que hasta ahora no lo han sido; compararemos aquello que tenemos con aquello que falta; calcularemos con mayor frecuencia y con toda la exactitud posible el número de habitantes de cada provincia y de cada pueblo; estudiaremos la constitución física, el carácter, las virtudes y los vicios, las ocupaciones de los hombres que viven en climas tan diversos y hasta opuestos; la educación física y moral que se da hoy y la que podría convenir en toda materia; las enfermedades más frecuentes, las epidemias, las estadísticas necrológicas y cuanto pueda mejorar y hacer feliz al hombre.[43]

La trayectoria ideológica que es posible observar en la evolución de los diarios del siglo XVIII se vincula con el perfeccionamiento de las técnicas de escritura periodística, técnica que ya posee caracteres propios y bien definidos. En un primer momento centrada exclusivamente en el deseo de comunicar noticias, mediante breves anuncios del todo carentes de preocupaciones analíticas, se pasa con rapidez a la propagación de una voluntad descriptiva totalizadora. De este modo, las gacetas se llenan de paisajes, de informes de viajes y de hechos mundanos: se construye un espacio que puede autodefinirse como americano. La escritura de los diarios del siglo XIX está influida por un ansia abrumadora de registrar la realidad, de fijarla en imágenes y dimensiones que puedan formar un marco de referencia en el cual habitar y del que se excluya todo tipo de elaboración fantástica, como recuerda de nuevo Caldas:

[43] F. J. de Caldas, *Prospecto del "Semanario" de 1809,* en *Obras completas,* p. 411.

> Si algún escrito enviado al diario no fuese publicado en el *Semanario*, sus autores no podrán lamentarse de ello, porque existen graves razones para no publicarlos. Si no se adaptan al proyecto del *Semanario*, si no se respetan las leyes, la religión y el gobierno; si en lugar de mostrar cualquier cosa del Reino, se deleitaran con hallazgos ingeniosos o similares, entonces se verán consignados al olvido. El *Semanario* es un diario serio y se dedica a artículos serios sobre los temas que más nos interesan.[44]

Semejante afán de representación produce un análisis consiguiente de las condiciones sobre las que versan las colonias americanas y la narrativa se transforma de descriptiva en propositiva como en la Disertación de Baquíjano y Carrillo:

> Aquellos que nos gobiernan, decía un profundo pensador, *sólo tienen tiempo para gobernarnos*: deseando hacer comprender que cuando su atención se centra en los inmensos y complicados problemas del mando y de la autoridad, sin duda no les es posible prestarla a todas las circunstancias y a aquellos vínculos que constituyen la situación particular de cada provincia; por ese motivo, aun si es posible descubrir con certeza e indicar con convicción las razones que aceleraron la decadencia del Perú, no debe sorprender que una vez que se introdujeron con la reputación de ser para el bienestar común, se seguirán manteniendo con este pretexto ilusorio, hasta concluir la decadencia y la destrucción de la nación.
>
> Un remedio que se exalta y recomienda como la verdadera solución para los problemas actuales y como origen de una inevitable prosperidad es el incremento de la agricultura y la multiplicación de sus productos naturales. Pero es necesario que se abandone semejante pensamiento, repetido por inexperiencia y considerado válido sin reflexión, para analizar los invencibles obstáculos que hacen improductivo en este Reino el recurso al trabajo de los campos y al cultivo de la tierra.[45]

La colaboración entre los intelectuales criollos y el despotismo ilustrado de los Borbones se extinguirá muy pronto y en la escritura periodística se abrirán camino ideas y tensiones de un nuevo tipo: el proyecto se enriquecerá con un

[44] *Ibid.*, p. 415.
[45] J. Baquíjano y Carrillo, *op. cit.*, p. 28.

elemento de indudable modernidad, con una exhortación cada vez más apremiante dirigida a los lectores a fin de que asuman la responsabilidad del gobierno y de la vida económica de sus propias regiones, en un marco que irá transformándose rápidamente en uno de exigencias de autonomía primero y de independencia después.

En ese ámbito, merece una valoración particular la obra de uno de los principales protagonistas del periodismo del siglo XVIII, el ecuatoriano Francisco de Santa Cruz y Espejo, autor también de una extensa producción de carácter pedagógico. Mestizo de nacimiento y procedente de una clase social marginal, Santa Cruz y Espejo, figura emblemática del iluminismo americano, revela en sus escritos una vigorosa pasión por el bien público, ardor que lo sitúa en una posición de divergencia con el grupo dominante de la Quito tradíamente colonial, divergencia de la que saldrá trágicamente derrotado. Si su obra periodística se centra en las *Primicias de la cultura de Quito* y en su actividad como fundador de la local Sociedad de Amigos del País, algunas obras anteriores constituyen la parte más significativa de su teoría pedagógica, muy ligada a modelos ilustrados, aun cuando también está moderada por una reflexión personal sin duda original.

Entre 1779 y 1781, Santa Cruz y Espejo elabora tres tesis, dos en forma de diálogo, el *Nuevo Luciano de Quito* y *La ciencia Blancardina*, y una, el *Marco Porcio Catón*, intercalada entre ellas y pensada como una autocrítica de las tesis presentadas en los diálogos. El mayor estudioso de Santa Cruz y Espejo, P. L. Astuto, ha menospreciado la calidad literaria de estas obras, y afirma que "el lector inicia estas obras impulsado por la curiosidad, continúa sólo por obstinación y llega a la última página con una sensación de alivio".[46] Este juicio del crítico, aun si es válido desde el punto de vista exclusivamente estético, no pone en evidencia el nexo que puede existir entre el estilo de Santa Cruz y Espejo y su intención pedagógica y el peso que tiene en el marco más general de la literatura del siglo XVIII.[47]

El uso del diálogo, a primera vista una herencia del pasado, responde en realidad a una estrategia precisa, a la necesidad de expresar con claridad las teorías propias en una confrontación abierta con las contrarias, a la voluntad de

[46] P. L. Astuto, "Introducción" a F. de Santa Cruz y Espejo, *Obra educativa,* Caracas, 1979, p. xxiii.

[47] La mejor biografía de Espejo sigue siendo la de P. L. Astuto (1969), en tanto que todavía falta un estudio completo de su obra. Para una recolección de sus obras es necesario recurrir a la que está a cargo de Astuto, antes mencionada.

educar al mismo tiempo en que se comunica una nueva idea. El diálogo se estructura en forma tradicional, mediante una caracterización estilística de las voces, una tentativa de conjugar un personaje y un proyecto pedagógico. En los escritos de Santa Cruz y Espejo, esta búsqueda alcanza el extremo de la caricatura, ya que sus antagonistas adoptan un lenguaje hasta tal punto rebuscado que parece inverosímil, demostrando concretamente lo absurdo de la tradición que defienden, como ocurre con el doctor Murillo del *Nuevo Luciano:*

> Un conocimiento no esencial tiene Usted de los confines selvático-dodoneicos de la historia. Ya se entrevé que Usted aún no había superado la dilatación de aurora del hemisferio pueril, cuando surgieron las virtudes latinas de los muy latinos Padres Crespos, y a un nivel lírico-heroico. Esos gemelos latinizantes desafiaron en batalla campal el Po y el Reno, para ver quien vierte más encrespaduras y cristalinas crestas del encrespado latino. Quiero decir que el Padre Nicolás Crespo entró a la palestra con el alemán renano Padre Reen para mostrar quién declamaría más locuciones latinas y obtendría la palma, el trofeo, el violín, la lira, el heliotropo y el laurel el hermético Padre Crespo.[48]

El debate que se abre en los diálogos recurre a todo posible artificio retórico, y propone a los lectores una inexpresable cantidad de alusiones, implícitas y explícitas, tanto que en algunos puntos el grado de intertextualidad casi hace desaparecer la parte desempeñada por Espejo, con un efecto de redundancia destinado a impresionar al público y a mostrar toda la autoridad cultural del autor. Además, se concede un amplio espacio a la ironía: el resultado es un texto en que las mismas tesis que lo sustentan se someten a menudo a una inaudita tensión, en una tentativa jamás del todo cumplida de abarcar todo lo conocible, de dar voz a todas las opiniones.

Por tanto, los diálogos del escritor ecuatoriano se sitúan con justa razón en el filón de una "literatura empírica", que representa uno de los resultados más importantes del siglo XIX y de la que veremos a continuación otros ejemplos: aun si en este caso no siempre logra los mejores resultados, revela la capacidad de los autores del siglo XVIII para asumir un papel innovador o respecto de su compromiso literario, ya sea frente a un "público" que por primera vez se confi-

[48] F. de Santa Cruz y Espejo, *El Nuevo Luciano de Quito,* en *op. cit.*, p. 11.

gura como una entidad con que es posible instaurar un diálogo, a la cual poderse dirigir con una voluntad pedagógica y reformadora.

4. El papel marginal del género narrativo

El campo de la creación narrativa resulta, al contrario de los de la historia y del periodismo, bastante pobre en textos, tanto que a menudo se ha considerado que la novela más importante del periodo es el *Lazarillo de ciegos caminantes*, obra que no pertenece, ni por su estructura ni por las intenciones del autor, al género novelesco. Además, en este ámbito, las influencias europeas son mucho más marcadas, y las obras estudiadas resultan después traducciones[49] o imitaciones de novelas europeas. Esas características relegan las modalidades narrativas a una posición marginal en el marco de la literatura hispanoamericana del siglo XVIII, posición que permite en todo caso observar algunas huellas de la difusión de las ideas ilustradas en la cultura de las colonias españolas de ultramar.

La obra *Gil Blas de Santillana en México. Sueño de sueños*, del español Bernardo María de Calzada, se publica en Madrid en 1792: la pertenencia a la literatura hispanoamericana de esta novela pasa por caracteres puramente exteriores: una de las partes del volumen, que pretende ser la continuación del famoso libro de Lesage, narra en efecto las aventuras de Escipión, uno de los personajes de esa historia, en México, a donde se traslada para concluir, como él mismo lo afirma, negocios comerciales que le permitan enriquecerse en breve tiempo. Las descripciones del espacio y del ambiente de la Nueva España derivan tal vez de un viaje que el autor efectuó a México, y, si bien breves, son particularmente vivaces:

> Apenas nos hubimos coordinado, se presentó ante nosotros un grupo de bailarinas indias que nos entretuvieron con una danza típica de su país. Apreciamos mucho la elegancia, la gracia y la precisión de aquel ritmo, así como la agilidad con la que ejecutaban los movimientos más complejos. Terminadas las danzas, aparecieron los

[49] El estudio más completo sobre el conjunto de novelas del siglo XVIII es el de C. Goic, contenido en Íñigo Madrigal (ed.), 1982.

> acróbatas indios que nos divirtieron mucho con la variedad de saltos y de pruebas de fuerza, como jamás habíamos visto en Europa.[50]

Así como dignas de cierta curiosidad son las consideraciones sobre las relaciones entre los grupos sociales y aquéllas sobre las formas del comercio novohispano a fines del siglo XVIII:

> Una vez le pedí algún informe sobre el comercio interno del reino y él me respondió que si hubiera querido adquirir dos mulas para transportar mi mercancía hacia las provincias internas, hubiera podido ahorrar un cincuenta por ciento de más que en la ciudad y que trocándolas con cueros, pieles y otras mercancías, habría después podido volver a ganar más en la capital, a menos que no hubiera deseado enviarlos a España.[51]

Sin embargo, la novela pertenece ante todo al cuerpo de narraciones que a finales del siglo invaden Europa para deleitar a un público siempre más atraído por tramas ambientadas en paisajes exóticos.

Por su parte, otro texto parece ser el único que posee cierto valor y se puede inscribir con justa razón en la literatura hispanoamericana, así no sea más que por ser obra de un mexicano, José Mariano Acosta Enríquez, autor de quien, de cualquier modo, se sabe poco o nada, y tal vez porque la obra se publicó en Querétaro, México, en 1792. El libro, titulado *Sueño de sueños*, se presenta como una "fantasía satírica", según el modelo de las de Quevedo, Cervantes y Torres-Villarroel, tres ilustres autores y personajes que se le aparecen en sueños al narrador para acompañarlo en un viaje imaginario a ultratumba. La parte más viva de la obra es el diálogo entre todos ellos, entretejido de observaciones puntuales sobre los modos literarios de la época, sobre la cuestión de las innovaciones lingüísticas, sobre el papel de la Academia de la Lengua, sobre la función y los progresos de la medicina, así como consideraciones curiosas sobre la difusión de los escritos de los tres famosos autores españoles a fines del siglo XVIII:

> "Disminuye mucho la gallardía de tu figura —le dijo sonriendo—, la ridiculez de tu vestimenta; pero ya sé que me dirás que así era la moda de tus tiempos y así pa-

[50] B. de Calzada, *Gil Blas de Santillana,* México, 1945, p. 35.
[51] *Ibid.*, p. 48.

> recías elegante como hoy se ven los que nosotros usamos, aun si, a decir verdad, si resucitaras y vieras el modo de vestir actual, y sobre todo de quienes alardean de ser petimetres, te morirías de risa". "¿Qué quiere decir petimetre y cómo viste?", preguntó Cervantes y yo le respondí […].[52]

El *Sueño de sueños* representa un importante momento de transición entre una forma de tipo barroco, en este caso la elección del autor, y un gusto más moderno que se muestra evidente en el contenido de las conversaciones entre el narrador y sus acompañantes; la atención se concentra en la realidad cotidiana, y también el tono del lenguaje se modifica, abandonando ahora cualquier desmesura para uniformarse a una voluntad de claridad típica del siglo y para introducir el tono pedagógico que ya era posible observar en el periodismo. Como sea, en este caso se trata también de una obra secundaria que, aparte de todo, no tiene una difusión importante entre el público de su tiempo.

Desde luego, la falta de modalidades narrativas bien definidas no puede explicarse a raíz de la antigua y jamás respetada prohibición impuesta a la importación y producción de obras de ficción, prohibición ahora olvidada, como bien lo muestra la difusión y el éxito de las novelas extranjeras, testimonio también de un elenco que el mismo Acosta Enríquez hace recitar a su protagonista. Aquello que en el pasado podía ser resultado de una imposición externa, se manifiesta en el siglo XVIII como una elección estilística e ideológica precisa y autónoma. Aunque ya habíamos mencionado la posición de Caldas acerca del argumento, resulta aún más clara en palabras de Clavijero:

> Me propuse como principal objetivo la verdad. Me habría sin duda fatigado de menos y tal vez mi historia hubiera resultado más placentera para muchos, si todo el empeño que puse en descubrir la verdad lo hubiera utilizado en embellecer la narración con un estilo brillante y elocuente; con reflexiones filosóficas y políticas, con sucesos creados completamente nuevos como veo que hacen no pocos autores de nuestro siglo imparcial. Pero para mí, enemigo de todo engaño, mentira y artificio, la verdad es tanto más bella cuanto más sobria.[53]

[52] J. M. de Acosta Enríquez, *Sueño de sueños,* México, 1945, p. 127.
[53] F. J. Clavijero, *op. cit.*, p. xxii.

o en el conciso latín de un Landívar quien, en el prólogo de su *Rusticatio Mexicana*, obra de la que hablaremos más adelante, sentencia:

> *In hoc autem opusculo nullus erit fictionni locus […] Quae vidi refero, quaeque nihi testes oculati, caeteroquin veracissimi, retulere. Praeterea curae mihi fuit oculatorum testium auctoritate subscripta, quae rariora sunt, confirmare.*[54]

Frente a la alternativa entre verdad y ficción, entre descripción e invento, los autores del siglo XVIII no tienen duda alguna, y su elección provoca la falta casi total de las formas de la narración, salvo si se las encuentra bien disimuladas dentro de los demás géneros.

Las novelas de Pablo de Olavide representan un caso particular, ya que vuelve a proponer un problema crítico ya observado: Olavide, peruano de nacimiento y de formación, pasó más de la mitad de su vida en Europa, en la corte borbónica, como protegido del conde de Aranda; padeció los procesos inquisitoriales que siguieron a la caída de su protector; experimentó una huida a Francia, la participación en la Revolución, la experiencia del Terror y el retorno a España, marcado por el fracaso de sus ideas reformistas y la conversión a un "cristianismo iluminado", acontecimiento este último que lo acompaña de manera determinante en su producción literaria, tanto de tipo lírico como narrativo.

En efecto, su poesía lírica es de tipo neoclásico y aborda temas de carácter religioso, mientras su única novela publicada en vida, el *Evangelio en triunfo* (1797), narra en forma epistolar y con rasgos de ejemplaridad su conversión y su subsiguiente compromiso social y benéfico. También sus siete novelas póstumas publicadas en Nueva York en 1828 pertenecen a una especie de narrativa edificante, breves narraciones en las cuales una trama muy simple sirve para proponer modelos morales que aspiran a ser universales. Si no es posible negar la importancia de la obra de Olavide, más difícil parece poder insertarla en el campo de la evolución literaria hispanoamericana. La contribución del escritor peruano pertenece sobre todo a un sólido renacimiento de un cristianismo literario que florece en Europa a inicios del siglo XIX como consecuencia de la crisis

[54] R. Landívar, *Rusticatio Mexicana,* Guatemala, 1950, p. 3.

de los ideales revolucionarios y que tiene cierto desarrollo significativo en América Latina.

En el caso de Olavide, no parece suficiente haber nacido en América para pertenecer plenamente a una trayectoria cultural que, por el contrario, incluye a autores y protagonistas que, al proceder de Europa, contribuyeron de manera decisiva a la formación y al crecimiento de ese universo literario que justamente en el siglo XVIII empieza a definirse como americano.

5. El teatro sale de las cortes

El siglo XIX es un tiempo único de actividad teatral, testimoniado por la construcción de nuevos y más grandes teatros en todas las ciudades americanas y por el éxito que alcanza dicho tipo de espectáculo entre el público (recordemos que una de las figuras más populares de la Lima del siglo XVIII fue justamente una actriz, la célebre Perricholi); contrasta con semejante aprecio del género la falta casi total de textos de autores americanos. En aquellos años, los teatros de la ciudad de México y de Lima, de Buenos Aires y de La Habana preferían presentar obras europeas, casi siempre españolas y, por otro lado, los autores americanos, sobre todo los criollos, no parecían particularmente atraídos por ese tipo de escritura.

Semejante vacío es sobre todo evidente en la segunda mitad del siglo, es decir, justamente en el periodo en que se esperaría un renacimiento o, como sea, una mayor vitalidad de la escritura teatral. Las razones de este eclipse son varias: el agotamiento de los modelos barrocos, la desaparición por decreto del teatro religioso, la desaparición de las reuniones públicas y de la exposición ligada con ellas, la poca atracción hacia los modelos neoclásicos imperantes en aquellos años en Europa: causas que muestran en todo caso un momento de transición entre una estructura de producción teatral muy ligada a los mecanismos del universo colonial y una sociedad de un nuevo tipo en que aún no se habían delineado las nuevas formas de representación colectiva.[55]

[55] Las razones de la casi total ausencia de textos teatrales de relieve en el siglo XVIII fueron expuestas de manera convincente por K. Shelly y G. Rojo, "El teatro hispanoamericano colonial", en Íñigo Madrigal (ed.), *op. cit.*, pp. 350-352.

Los ejemplos de que disponemos constituyen de cualquier modo un breve repertorio que presenta algunos rasgos novedosos, algunas tímidas primeras señales de una renovación que encontrará su escenario sólo mucho más tarde, mucho después de los primeros decenios del siglo XIX.

En la primera mitad del siglo, el gusto dominante es todavía barroco, ligado a la tradición del teatro de Calderón, reproducido e imitado en una infinidad de obras, que muestran muy raras veces alguna originalidad. A este grupo pertenecen los dramas de Pedro de Peralta Barnuevo, una figura de gran importancia de la cultura colonial, y la comedia *El príncipe jardinero y fingido Cloridano*, atribuida a un capitán de marina español, Santiago de Pita, que alcanza gran éxito después de la primera representación, acontecida en La Habana entre 1730 y 1733.

Sin embargo, la preponderancia de la influencia calderoniana, explotada hasta agotarle todo valor poético, no impide que también en estas obras asome algún síntoma de renovación. En *El príncipe jardinero*, estos cambios se aprecian sólo en las elecciones lingüísticas, ligeramente más discursivas y lineales respecto de la tradición, y en la simplificación de la trama, si se la compara con el modelo italiano[56] del que se tomó el argumento.

Por su parte, Peralta Barnuevo propone algunos nuevos experimentos externos a los dramas, en las loas, los entremeses y los fin de fiesta que los acompañan y que constituyen, sobre todo en el nivel lingüístico y temático, aperturas improvisadas sobre la vida cotidiana inmersa en un mar de clasicismo. El entremés de *La Rodoguna* es el ejemplo más completo de ello, representado en su totalidad en un ritmo de minueto, con la introducción de términos del español americano que contrastan de modo significativo con la solemnidad de los personajes de la tragedia:

CHEPITA REPRESENTA: ¡Vaya! pues, suspira y gime;
qué gusto da ver penar,
y de puro muerto, puede
ser que me conquistes ya.
LORENZO REPRESENTA: ¡Qué lindo Maestro de lleer!
él tiene gran caridá;

[56] El modelo italiano en que se inspira Santiago de Pita es *Il principe giardiniero,* de Giacinto Andrea Cicognini (1606-1660).

lla muchacha es un portento;
tiene gran habellidá.
POETA: Mi vida, aunque todo entero
me haga morir tu crueldad,
si no me das esa mano,
me he de morir la mitad.[57]

Al lado de estos ejemplos se debe recordar también la *Loa para celebrar la supresión de un impuesto a la yerba mate en 1717, en Santa Fe,* de un cierto Antonio Fuentes del Arco, por lo demás desconocido, primer indicio de interés teatral en la región de Río de la Plata y de la aplicación del género de la loa a un argumento absolutamente profano.

Y es justo en Buenos Aires, la última de las capitales coloniales en nacer, donde encontramos a finales del siglo algunas señales de un nuevo tipo de teatro. En 1789, se representa en el Teatro de la Ranchería una tragedia de estilo neoclásico, la primera y única que se conoce en América, el *Siripo,* de Manuel José de Lavardén, cuyo texto desdichadamente se perdió y del cual sólo se conoce el argumento. El tema elegido deriva de manera indicativa de la historia de la primera colonización de Río de la Plata: se trata en efecto de la leyenda de Lucía Miranda, y del consiguiente encuentro entre españoles e indios. El dramaturgo criollo busca aplicar los esquemas neoclásicos a un tema típicamente americano, y retrocede a los orígenes de la comunidad rioplatense; pero la mayor novedad está representada por el lugar de la puesta en escena, un teatro de ciudad abierto a una gran variedad de espectadores, y por la dificultad que la censura interpone para la concesión del permiso para el espectáculo, con la excusa de la potencial peligrosidad del tema dirigido al nuevo público que tanto el autor como el censor tienen muy presente en sus razonamientos opuestos.[58]

Los demás textos conocidos pertenecen todos a un precoz e inmaduro florecimiento de un teatro de costumbres, vinculado con el éxito del sainete español, y en particular con las obras de Ramón de la Cruz: forman parte de esta categoría el anónimo *El amor de la estanciera*, un breve sainete representado en Buenos Aires hacia 1790, y dos comedias del mexicano Agustín de Castro, *El charro* (1797), un

[57] Pedro de Peralta Barnuevo, *La Rodoguna,* en *Obras dramáticas,* Santiago de Chile, 1937, p. 184.
[58] Lavardén narra sus problemas con la censura en algunas cartas, pero desdichadamente no es posible reconstruir el tema de la comedia con base en esos testimonios, que son además muy breves.

monólogo en lenguaje popular, y *Los remendones* (1801), un cuadro de costumbres que describe con tonos satíricos la vida de las clases urbanas más humildes.

Estos tres ejemplos se vinculan fuertemente con un gusto que se complace en la representación, casi siempre peyorativa, de desventuras que implican a personajes miserables y marginales. Sin embargo, para poder lograr el efecto deseado, un tipo de teatro de ese género debe contener una descripción realista y muestra la necesidad de una mezcla lingüística, preludio de una multiplicidad de voces, que será propia de las futuras experiencias narrativas y teatrales.

En particular, *El amor de la estanciera* pone en escena algunos personajes característicos de la Buenos Aires popular de fines del siglo: el joven pretendiente Juancho, con un caballo y modales apresurados; Chepa, la joven pronta de palabra; el portugués de la Banda Oriental que desea desposarla presentándose con una historia de improbable nobleza; el padre desconfiado y la madre un poco ingenua. En torno a estos personajes se desarrolla una trama esencial pero cautivadora que debía también ir acompañada de elementos de canto y baile que hacían más agradable la representación, como se muestra asimismo con una breve muestra de los diálogos:

PANCHA: ¿Qué os parece viejo Cancho
de este mozo portugués?
CANCHO: Que es un bello taimado
y quiere ingañarnos; pues
amigo mi hija Chepa
con usté no ha de casar
porque le tengo un marido
que había sido de su andar.
¿Y qué decís vos muchacha?
CHEPA: Mi padre muy cortés es
yo quisiera al portugués.
CANCHO: ¿Y vos Pancha qué decís?
PANCHA: Visarro a las maravillas
trae su buena guitarra
sintas, pañuelos y evillas
tiene su recao nuebo
con cabezadas de plata

mandil y estribos de bronce
que es lo que a Chepa le mata.
Bien podéis pues admitirlo.
CANCHO: Eso veremos después
No sé porque no me agrada
este mozo portugués.
Él presume de nobleza
y me ha ensartado una historia
que para haver de explicarla
ya me falta la memoria:
[…].[59]

El teatro en lengua indígena, merecedor de un razonamiento aparte, está representado en el siglo XVIII por tres obras en quechua: *Ollantay, Usca Páucar* y *La tragedia del fin de Atahualpa*. Más allá de todo posible juicio literario, vinculado con la comprensión del idioma en que fueron compuestas originalmente, es necesario señalar dos factores ligados entre sí. El primero se refiere a las temáticas que abordan estos dramas y que, sobre todo en *Ollantay* y en la *Tragedia de Atahualpa* son abiertamente nostálgicas y reivindicativas, sin jamás llegar a ser completamente destructivas (en ambas se apela a una autoridad suprema que en el segundo caso es desde luego España personificada): el nexo directo entre la representación de *Ollantay* y la rebelión de Tupac Amaru en 1780 ya no parece sustentable, pero sin duda las obras en lengua indígena manifiestan un estado de descontento que se volverá evidente justamente en esa rebelión.

Un ulterior elemento que cabe señalar reside en el éxito que tienen estos dramas entre el público de lengua quechua, tanto que se recogen y conservan, a raíz de que el tema del que tratan procede de una tradición ciertamente muy anterior (por medio de la *Tragedia de Atahualpa* se recupera una tradición oral que se remonta a 1555).

Gracias a ese éxito, que se prolongó en el tiempo, hoy día es posible valorar, así sea sólo en una mínima parte, la huella que deja la participación de los indios en la sociedad colonial, por lo menos en lo que respecta al Perú.

[59] *El amor de la estanciera,* en *El sainete criollo,* ed. a cargo de T. Carella, Buenos Aires, 1957, pp. 52-53. *El sainete* fue atribuido a Juan Bautista Maciel, pero al parecer carece de pruebas decisivas.

6. La naturaleza americana redescubierta: el diario de viaje, el informe científico y otros escritos

A lo largo del siglo XVIII se abre camino un "redescubrimiento" del continente americano, una empresa de recuperación y reapropiación del espacio que implica a toda América, de Patagonia a California, y que se lleva a cabo sobre todo mediante numerosos viajes y exploraciones de carácter científico. Ésta encuentra su expresión escrita en el filón de la literatura constituido por diarios de viaje, memorias, artículos y relaciones; el proyecto de redescubrimiento contagia con sus efectos la elaboración historiográfica, como ya lo vimos, la poesía latina de Rafael Landívar, para llegar a dar vida a un texto, el *Lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera, alias Concolorcorvo, que merece un análisis específico, ya que representa uno de los textos ejemplares de todo el siglo XVIII.[60]

Sin duda, un antecedente inmediato de dicho movimiento puede hallarse en el poligrafismo ejercido por algunas grandes figuras intelectuales de fines del siglo XVII y de la primera mitad del siglo. La obra de Carlos Sigüenza y Góngora queda como un punto de referencia inevitable para toda la cultura del siglo XVIII de la Nueva España, así como Pedro de Peralta Barnuevo domina con su erudición la vida intelectual de Lima hasta 1750.

La obra literaria del limeño Peralta, el poema histórico *Lima fundada y España vindicada* (1732) y los dramas de estilo clásico, han contribuido a formar una imagen cortesana y tradicionalista del escritor peruano, todavía perteneciente a la cultura colonial más atrasada. En realidad, aunque desde luego parece estar ligado al gusto de la época y a una posición social por mantener, sus textos adquieren una importancia diferente si se los considera desde la visión más general del papel civil del personaje que, antes de ser poeta y dramaturgo, se impone por su enseñanza de las matemáticas y por su actividad de ingeniero. Los ilegibles versos del poema histórico se vuelven entonces un medio para exaltar la virtud de Lima y su tradición histórica, con el mismo empeño con que se contribuye a su fortificación y al mejoramiento de su diseño urbano, y la nue-

[60] El concepto de *descubrimiento* fue introducido por B. Lavallé e Y. Águila (1983), y parece una clave interpretativa muy eficaz para el estudio de la cultura del siglo XVIII.

va propuesta de *La Rodoguna* de Corneille, en una forma y un estilo más próximos al público de la corte virreinal, se aúna al interés por los progresos de las matemáticas y de las ciencias que llegaban de Europa. Todo este esmero intelectual habrá de inscribirse entonces bajo el signo de una constante voluntad de ser útil a la propia ciudad y de contribuir a la creación de un espacio urbano, que se quiere nuevo y mejor, tanto en el sentido material como en la conciencia de pertenencia.[61]

Este "proyecto de utilidad" se heredará a la cultura del siglo XVIII, aun cuando se definan mejor los espacios culturales y las competencias científicas, y se enriquecerá con un elemento polémico que es ya posible observar en los *Prólogos* a la *Biblioteca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren (1775), otro polígrafo de la primera mitad del siglo que con su idea de componer un catálogo de los autores novohispanos responde a las críticas del español Manuel Martí. Aunque hoy día la exaltación de la cultura novohispana puede parecer desproporcionada, su objetivo es la recuperación y la revaloración de los propios orígenes para ser comprendida en todo su alcance y en su función de antecedente de una ilustre tradición bibliográfica, que después se revelará en la obra insustituible de José Mariano Beristáin y Sousa.[62]

A partir de la década de 1740, el universo americano se verá sacudido por el impacto de las reformas borbónicas que dan origen a las primeras expediciones científicas y a los viajes de estudio que llegan al continente. Sin embargo, no se trata de una invasión europea a un mundo inmóvil y estático; de hecho, la dimensión del viaje siempre es conforme a América, pues su estructura económica y social en la época de la colonia se dirige esencialmente hacia el exterior y necesita entonces de un continuo intercambio con la metrópoli, y los inmensos espacios continentales requieren un incesante vaivén: el de los comerciantes que se trasladan a los puertos a donde llegan las naves procedentes de España, el de los religiosos que visitan las misiones más lejanas, o de los funcionarios reales que se desplazan para llegar a sus nuevos destinos.

[61] Los dramas de Peralta Barnuevo fueron publicados por I. Leonard con una notable introducción (1937), en tanto que un estudio más general de la personalidad del escritor peruano es el de A. Miró Quesada (1966).

[62] La obra de Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca mexicana*, queda incompleta, publicada hasta la letra C, y manuscrita hasta la letra J.

La *Biblioteca hispanoamericana septentrional,* de José Mariano Beristáin y Sousa (México, 1816-1821, 1897), queda como una de las compilaciones bibliográficas fundamentales de la literatura colonial americana.

El siglo XVIII multiplica los desplazamientos, gracias a los progresos en los caminos y en los medios de comunicación, pero sobre todo introduce la novedad del informe de viaje, género que se origina en el círculo especializado destinado a llegar a ser uno de los filones editoriales de mayor éxito en el siglo de las Luces.[63]

Los curiosos viajes de dos italianos, Gemelli Careri, cuya vuelta al mundo pasa por la Nueva España, y Boturini, de quien ya se habló, representan los antecedentes inmediatos de una de las expediciones científicas más importantes que llegan a América, la franco-española de Charles Marie de La Condamine, encargada de medir el grado del meridiano terrestre, de la que forman parte el matemático francés Godin y los españoles Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa y que cruza toda la costa del Pacífico de la América meridional entre 1735 y 1746.

Tres expediciones botánicas originan el nacimiento de importantes instituciones científicas en los países a los que llegan, la de Ruiz López y Pavón y Jiménez en Chile y en Perú (1777-1787); la de Celestino Mutis, Caldas y Valenzuela en la Nueva Granada (1783), y la de Manuel Sessé en la Nueva España (1787-1797), mientras Alejandro Malaspina guía aquello que él mismo llamará *Viaje científico y político alrededor del mundo* que, entre 1789 y 1795, recorre todo el continente.[64]

De diferente naturaleza serán los viajes de Félix de Azara, quien entre 1781 y 1801 describe Paraguay y Río de la Plata, encargado de controlar las fronteras con las vecinas colonias portuguesas, mientras el viaje de Alejandro von Humboldt y Aimé Bonpland, iniciado en 1789, representa la culminación de todas las anteriores expediciones.[65]

Con todo, las diferencias entre los autores de las relaciones, los científicos, los funcionarios reales, los simples viajeros y los casi turistas *ante-literam* no provocan una variedad significativa en el momento de elaborar sus escritos. El

[63] Dos recientes trabajos sobre los viajes del siglo XVIII son los de M. A. Calatayud Arinero (1984) y de P. Cabello Carro (1989), importantes también en lo que respecta al estudio de los inicios de las colecciones arqueológicas indias.

[64] La expedición de Malaspina ha sido particularmente revalorizada en los últimos años, también con la publicación de las ilustraciones originales que acompañan el trabajo científico. El *Diario* de Malaspina, publicado también recientemente (Madrid, 1985), contiene informaciones de gran interés y pone de manifiesto una personalidad de notable vitalidad e inteligencia.

[65] Las relaciones de viaje más importantes han sido todas publicadas en ediciones modernas; véase la bibliografía.

objetivo principal y común es redefinir en general el espacio americano, empresa que nace de la nueva delimitación de las entidades políticas originadas en las reformas borbónicas y que se concluye gracias a las mejores técnicas cartográficas y de medición aplicada a las regiones americanas y a una descripción más exacta y completa del mundo recorrido.

Sin embargo, el reconocimiento no se limita a una simple catalogación impersonal, llena de insólitas especies vegetales y de extraños animales de las selvas, sino que asume un carácter cualitativo que implica juicios de valor y que se organiza en torno a tres núcleos esenciales, tres conceptos (el maravilloso, el placentero, el útil) que interactúan en la organización de los datos experimentales para volverlos a proponer como elementos de un mensaje con un alcance más amplio respecto de la simple relación científica. A los ojos de los lectores, América aparecerá entonces como una tierra que se puede admirar, disfrutar y utilizar. Lo maravilloso, lo placentero y lo útil son categorías mentales que siempre contienen un valor polémico latente, una voluntad de oponerse a las denigraciones europeas; en el *Cuadro físico de las regiones ecuatoriales* de Caldas, por ejemplo, una divergencia de opiniones de naturaleza geográfica se vuelve punto de partida para reafirmar la mayor importancia y veracidad de quien escribe, como originario de las tierras objeto del estudio:

> Nunca suscribiremos los resultados de las observaciones de Humboldt. Las estrellas fijas brillan en la zona tórrida con una luz centellante e inquieta, como en las regiones templadas. Basta con voltear la mirada al cielo en las noches serenas para confirmar esta verdad.[66]

Por tanto, la técnica descriptiva se vuelve motivo ideológico, indicio de procedimientos culturales y de prácticas de escritura que forman parte de un devenir social en profunda transformación.

En las relaciones de viajes del siglo XVIII, sobre todo en Azara, en Caldas, en Ulloa, y en las secciones dedicadas a la "historia natural" de las obras históricas ya recordadas, se encuentra además un uso constante de la enumeración analítica, de la exacta y puntual catalogación de plantas, animales y poblaciones, que asume sin embargo un significado ulterior en tanto que se aúna a una vo-

[66] F. J. de Caldas, *Cuadro físico de las regiones ecuatoriales*, en *Obras completas,* p. 46.

luntad de exactitud minuciosa, a un intento pedagógico y didáctico, a la exhortación y ahondamiento del conocimiento de las propias tierras. No obstante las buenas intenciones científicas, en algunos casos la enumeración tiende a transformarse en acumulación hiperbólica con intenciones polémicas precisas para transformar el continente americano del mundo húmedo e inhabitable de las "investigaciones filosóficas" europeas en la tierra de la eterna primavera y de la felicidad posible de las narraciones de los viajeros.

Todo aquello que en las crónicas del siglo XVI era característica cualitativa y se elaboraba con base en la descripción de la diferencia, se transforma, en el XVIII, en multiplicación cuantitativa, y la diversidad ya no significa inferioridad o alteridad absoluta. De este modo, se reivindica una identidad que no separe una vez más a América del resto del género humano, y se busca más bien repetir la propia irreductible peculiaridad "americana".

También es frecuente el uso de la correlación reiterada entre la descripción de un objeto y su posible uso; el continuo recurso a un plan utilitarista, que supere y complete el de la simple observación científica, revela un tenaz proyecto de comunicar noticias y ello adquiere una mayor importancia respecto de una catalogación exclusivamente explicativa; es de nuevo Caldas quien nos aclara:

> Cuando yo dirijo mi mirada a las provincias que constituyen el virreinato de Santafé y cuando enumero los productos naturales de sus climas tan diferentes, se me presentan muchos argumentos dignos de atención. El índigo, la quina, el algodón, el tabaco, el té de Bogotá, la nuez moscada, la canela local, el cinabrio, el platino, las amatistas, las esmeraldas […] Todas esas riquezas que poseemos, que naturalmente se producen en la Nueva Granada, darían trabajo a muchas familias, si sólo las cultiváramos, y serían el origen de una gran prosperidad. Pasé reseña a las más valiosas, calculé los beneficios y la situación actual y considero que el cultivo de la cochinilla que nace en nuestros campos, es la producción local que deberíamos mayormente perseguir.[67]

En la representación naturalista asoman continuamente digresiones narrativas, casi siempre de tipo autobiográfico, como sucede en los *Diarios de obser-*

[67] F. J. de Caldas, *Memoria sobre la importancia del cultivo de la cochinilla,* en *Obras completas,* p. 264.

vaciones de Celestino Mutis, en las *Noticias* de Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa y en las relaciones de Azara.[68] Dichas interpolaciones, además de hacer más placentera la lectura, implican la irrupción del observador y de su punto de vista en un género que se supone impersonal, y que siempre se dirige a un centro de gravedad único, a una mirada que sobrentiende continuamente la asunción de criterios de valoración y de juicio de valor muy personales. Las consideraciones de Mutis sobre el valle de Magdalena y las de Azara sobre las poblaciones del Paraguay no son asépticas, sino que revelan el grado de participación que los autores sienten respecto de las regiones por las que pasan: las opiniones que representan deberían provocar la inmediata implicación de los lectores en los temas propuestos.

Las *Noticias secretas de América,* de Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa, publicadas en Londres en 1825 y derivadas de informaciones especiales que los dos funcionarios españoles habían redactado para el propio monarca, se configuran para tal propósito como un momento ejemplar; en efecto, los dos capitanes de marina enfrentan casualmente el contrabando, la debilidad militar de las colonias, la explotación de los indios, el contraste entre peninsulares y criollos, y frente a ese mundo no ocultan sus propias opiniones y expresan sus juicios más mordaces. De ello resulta una descripción de extraordinaria animación de la sociedad hispanoamericana del siglo XVIII, en la que todo problema se aborda con extrema claridad:

> Para abordar el tema del comercio ilegal en las Indias, un mal que no perdona, en mayor o menor medida, a ningún puerto, ciudad o pueblo, empezaremos por Cartagena, porque éste es el primer puerto que se nos presenta para hablar de dicho argumento, y el lugar donde parece que la deshonestidad conspira contra la legalidad para transformar en embrollo y fraude esas mismas disposiciones y reformas que deberían anular el contrabando. En efecto, las medidas que se tomaron con tanta perspicacia y sagacidad y que aseveraban extirpar de las costas las causas del contrabando, son las mismas que hoy sirven de mampara a fin de que senderos prohibidos sean recorridos con toda la desenvoltura y la seguridad posibles.

[68] Félix de Azara es otro protagonista del redescubrimiento del continente americano, sobre todo en lo que respecta al virreinato de Río de la Plata, y sus *Viajes* contienen una gran cantidad de información de primera mano sobre aquellas regiones, además de poseer un seguro valor literario en el género de la literatura de viaje descrita.

> La opresión que padecen los indios nace de la insaciable hambre de riquezas que llevan a las Indias todos los que son destinados a gobernarlas, y debido a que estos hombres no conocen otra manera de alcanzar su objetivo que el de explotar a los indios en todos los modos que es posible imaginar, no pasan por alto a ninguno, y atacándolos por todas partes con gran crueldad, exigen de ellos más de lo que podrían obtener de sus propios esclavos.[69]

Pero el punto de vista personalizado permite también la transición de la descripción a la propuesta, de la denuncia a la reforma, del tiempo presente al desarrollo futuro.

En los autores que hemos considerado se observa después una atenuación, en la connotación del referente americano, del uso de la comparación, verdadera columna de sostén del conocimiento europeo del nuevo mundo, o, cuando menos, se multiplican los términos de la comparación para llegar a una representación del mundo americano sin recurrir a puntos de referencia externos. La inserción de la valoración personal en el sistema comparativo permite además la manipulación de aquellos conceptos de maravilloso y de útil con la finalidad de que se incluyan con justa razón en la formación de esa conciencia criolla que en el siglo XVIII alcanza su completa maduración.

En realidad, la representación del continente americano como lugar de lo maravilloso pertenecía desde siempre a la tradición de las crónicas, en las cuales el Nuevo Mundo se había transformado en las tierras afortunadas de lo extraordinario y de lo legendario, regiones en que se materializaban los seres del mundo mítico: amazonas, gigantes y animales fantásticos poblaron aquellas tierras lejanas y satisficieron la curiosidad de los lectores europeos, del público al que se destinaba la historia del descubrimiento y de la conquista de las Indias Occidentales.

A lo largo del siglo XVIII, esta observación particular, en parte ya atenuada en el siglo XVII, conoce una modificación sutil pero significativa: la imagen de una belleza espontáneamente connaturalizada al continente americano se separa poco a poco de las descripciones hiperbólicas de las realidades desmesuradas. La maravilla del Nuevo Mundo se vuelve observable, mensurable, acogedora: se

[69] Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América,* Madrid, 1988, pp. 196 y 231.

estabiliza así una representación de América como tierra *admirabilis* de la que sin embargo se eliminan todas las aberraciones y las monstruosidades: las amazonas y los gigantes vuelven a poblar sólo los mundos fantásticos. La tendencia a la descripción objetiva refuerza esta línea, y el paisaje americano se transforma en un espacio en que la vida es agradable y sin excesos, sea desde el punto de vista climático o geográfico. El carácter encantador se subraya por un uso acentuado de la adjetivación, que se mantiene siempre sobre una vertiente positiva, al menos desde el punto de vista naturalista, aun a costa de imponer el criterio de objetividad que afirma querer perseguir:

> La posición geográfica de la Nueva Granada parece destinarla al comercio con el universo. Situada sobre el ecuador y a igual distancia del sur, ocupa el centro del Nuevo Mundo. A su derecha tiene todas las riquezas del septentrión y a su izquierda todos los productos del meridiano de América. Con puertos en el Pacífico y en el Atlántico, en medio de la inmensa extensión de los océanos, lejos de los huracanes y de los hielos polares, puede extender sus comercios desde donde nace el sol hasta donde se acuesta. Situada mejor que Tiro y que Alejandría, puede acumular en sus arcas los perfumes de Asia, el marfil africano, las manufacturas europeas, las pieles del Norte, la ballena del Sur y todo aquello que puede producir la superficie del globo. Ya veo que esta afortunada colonia recoge en una mano los productos del hemisferio de la Osa y con la otra los de las antípodas; me parece ligada a todas las naciones, que puede llevar al polo las frutas del ecuador y al ecuador los productos del polo. Digámoslo: no existe ningún lugar, en el Viejo y en el Nuevo Mundo, mejor situado que la Nueva Granada.[70]

Sin embargo, la idea central que anima las nuevas descripciones de la naturaleza americana es la de "utilidad", de la posibilidad de ser explotada para mejorar la vida de los hombres. Y en este punto la descripción se transforma en una reflexión animada por finalidades didácticas y educativas, unidas a intereses de tipo científico, económico y político: en este caso, la idea de "utilidad" se vuelve asimismo, como ya ocurría en las historias y en el periodismo, anillo de conjunción entre naturaleza y sociedad, punto de contacto entre un redescubrimiento genérico del continente americano y su explotación en forma renovada y

[70] F. J. de Caldas, *Estado de la geografía…*, en *Obras completas,* pp. 188-189.

moderna, para construir una imagen global que aborde todos los problemas de la vida social de las colonias españolas de América.

Del mismo modo en que se pasó del registro curioso y sorprendido al estudio científico, de la observación de las plantas se podrá llegar a la economía política, como se concibe en el siglo XVIII: el estudio de la sociedad en general, que puede ocuparse en igual medida de la vida de las campiñas y de los proyectos de mejoramiento del comercio, de los problemas de la educación y de la lucha con el contrabando, situándose en un plano semejante al de la empresa periodística de la cual ya hablamos.[71]

En 1799, al margen entre dos siglos y entre dos épocas, parten de la Coruña Alejandro von Humboldt y Aimé Bonpland, para aquello que será el más importante de los viajes americanos, complemento de las experiencias anteriores. El viaje de los dos naturalistas se prolongará hasta 1804 y recorrerá todo el continente, contribuyendo de modo decisivo al conocimiento y a la revaloración de la naturaleza y de la sociedad americana.

La grandiosa obra del científico alemán trasciende los límites de la literatura hispanoamericana. La figura de Humboldt, que pertenece también a la cultura universal, fue pasada por alto hasta hace poco y sólo en los últimos años sus escritos, multiformes y geniales, volvieron al centro del interés de los historiadores y de los críticos.[72] En lo que respecta a su experiencia en el Nuevo Mundo en por lo menos dos ámbitos, sus escritos resultan esenciales: la relación que instaura Humboldt con los protagonistas de la cultura y de la vida social del continente, y la nueva y profunda visión de aquellas tierras que propondrá en el extraordinario volumen de escritos que publicará a su regreso a Europa.

Su prodigiosa inteligencia y la agudeza de sus observaciones permitirán a los mismos americanos comprender mejor su propia realidad. Asimismo, con su viaje, Humboldt pondrá en contacto a personajes que sin saberlo se habían

[71] En los mismos años en que se elaboran los proyectos que presentamos, un funcionario real, Antonio de Alcedo, nacido en Ecuador pero de familia y formación españolas, proyecta un *Diccionario de las Indias Occidentales* (1799), que pretende ser la síntesis más madura del encuentro entre el despotismo ilustrado y las reformas relativas a las colonias americanas. Sin embargo, al mismo tiempo se configura como una tentativa enciclopédica sin posibilidad de opción política, trastornada por vientos que socavarán sus mismos puntos de partida, pues fijar en un inventario, que se pretende definitivo, el espacio y la historia de América ya no servirá para gobernar una realidad en lo sucesivo inexorablemente cambiada.

[72] La obra de Humboldt la estructuró en forma de antología en francés C. Minguet, autor también de los estudios más importantes sobre el viajero alemán.

ya encaminado en la misma dirección, pero que parecían condenados a un completo aislamiento cultural.

Sus escritos están muy influidos por las ideas ilustradas y además su viaje americano se desarrolla siguiendo criterios bien precisos, como se infiere claramente de una frase de su libro más famoso, el *Kosmos,* que representa la síntesis de su experiencia del mundo: "Gracias a una feliz conjunción de causas y efectos, a menudo sin que ni siquiera el hombre lo presagiara, lo Verdadero, lo Bello, lo Justo se encuentran asociados a lo Útil".

Humboldt, junto con su amigo Bonpland, que colaborará con él sobre todo en el plano botánico, es el viajero que más se adentra en el continente americano, desciende los grandes ríos, cruza más veces los Andes, escala los volcanes del Ecuador y de México, visita plantaciones y minas, y recoge sin cesar datos de todo tipo, mediciones, estadísticas, ejemplares botánicos y minerales y observaciones sobre todos los aspectos de la vida social y natural que se presentan ante sus ojos. Libre de prejuicios y de cualquier tipo de misión oficial (él mismo financia por completo su viaje), esta nueva figura de viajero puede coincidir entonces con los grupos de intelectuales del Nuevo Mundo y dialogar con ellos en un nivel de absoluta igualdad. Entre los personajes más importantes que Humboldt recuerda en sus libros se cuentan Celestino Mutis, Francisco José de Caldas y Simón Bolívar, además de una multitud de nombres ahora desconocidos, pero que lo acogen con cortesía y que intercambian con él opiniones y noticias que pronto llegarán a ser un bien común. La función fundamental que el viajero europeo desempeña en ese ambiente cultural es justamente la de volverse multiplicador y propagador de los conocimientos que hasta ese momento permanecen encerrados en ambientes regionales o urbanos. Dicho papel se manifiesta de modo evidente en la relación que mantiene con él Caldas, quien en 1801, mientras se prepara para encontrarse con Humboldt en Ibarra, escribió a Santiago Arroyo, no sin cierta ironía: "…para absorber cuanto más me sea posible de este sabio viajero, que puede instruirme en alguna cosita y hacerme salir de la barbarie". Y en el *Semanario* de 1805 escribe: "Nuestros detractores podrán observar que no seguimos ciegamente a los autores que estudiamos, que la razón y la experiencia son nuestras guías y que no merecemos el malévolo e insultante epíteto de 'humboldistas' ".[73]

[73] Citadas en J. Chenu, 1988.

El neologismo despreciativo de "humboldista", que se difundió apenas un año después del regreso a Europa de Humboldt y Bonpland, revela tal vez más que cualquier otra cosa los efectos que su paso provocó en el ambiente cultural americano.

Además, los escritos de Humboldt cumplen un papel notable en el cambio de perspectiva respecto de la visión de América por parte de la cultura europea. Los 30 volúmenes en que se recoge toda su obra americanista constituyen hasta la fecha una mina inagotable de informes y datos, y en muchos casos es el primero en revelarlos al público europeo, tanto que se podrá considerar al mismo tiempo entre los padres fundadores de la antropología, la etnología, la sociología y la arqueología americanas. En todo caso, aquello que todavía hoy día impresiona más no es la sorprendente cantidad de conocimientos, sino la diversidad de puntos de vista con que se proponen. A este respecto, es ejemplar la descripción de su primer encuentro con los indios americanos:

> En el momento en que nos preparábamos para desembarcar a tierra, identificamos dos pirogas que navegaban a lo largo de la costa. Los llamamos con un segundo disparo de cañón y, visto que no arbolábamos la bandera de Castilla, se acercaron con cautela. Esas pirogas, como todas aquellas de las que se sirven los indígenas, están hechas con un solo tronco de árbol y en cada una de ellas se encuentran dieciocho indios guayquiri, desnudos hasta la cintura, y de cuerpo muy delgado. Su figura manifestaba una gran fuerza muscular y el color de su piel estaba a la mitad entre el moreno y el rojo. Observándolos de lejos, inmóviles y proyectados contra el horizonte, parecían ser estatuas de bronce. Este aspecto nos impresionó aún más porque no respondía a la idea que nos habíamos hecho después de los relatos de algunos viajeros a propósito de las características y de la extrema debilidad de los indígenas […] A pesar de los estrechos vínculos que parecen unir a todas las gentes de América, en la medida en que pertenecen a una misma raza, muchas tribus se diferencian por su altura, por su color, más o menos bronceado, por una mirada que expresa en algunos tranquilidad y gentileza, mientras en otros una siniestra mezcla de tristeza y ferocidad.[74]

De este modo, el encuentro con la diversidad provoca en Humboldt, al contrario de lo que sucedió con muchos viajeros que lo precedieron, el abando-

[74] A. von Humboldt, *Voyages dans l'Amérique équinoxiale,* ed. a cargo de C. Minguet, París, 1980, p. 41.

no de los prejuicios europeos y origina una inmediata multiplicación de sus capacidades de observación: la alteridad americana exige un esfuerzo de comprensión que anula toda tentativa de apropiación de lo externo, para explotarla o aun sólo para clasificarla con base en criterios ajenos a ella.

El redescubrimiento y la nueva representación de la naturaleza americana habían encontrado un eco importante en una obra más propiamente literaria publicada en Italia en 1781, un poema latino cuyo autor era un jesuita guatemalteco: la *Rusticatio Mexicana* de Rafael Landívar, un texto que merece una atención particular en el muy reducido panorama de la poesía hispanoamericana del siglo XVIII.[75]

Sin embargo, por un lado, la fama consolidada de la *Rusticatio* parece haber perjudicado un ahondamiento interpretativo de la obra del poema guatemalteco y, por otro, sus mismas características favorecen una catalogación sin problema y resolutiva, más proclive al elogio erudito que a una lectura analítica; se trata en efecto de un poema latino en hexámetros, dividido en quince cantos, con un proemio dedicatorio, un preámbulo explicativo y un apéndice final, de evidente derivación clásica y dedicado a la "patria querida, la dulce Guatemala".[76]

Un análisis de la estructura, la forma y las temáticas del poema permite a su vez una lectura que sitúa a Landívar en una trayectoria cultural más semejante a la de los científicos y de los viajeros que a la de los poetas contemporáneos suyos.

En efecto, la *Rusticatio* se sitúa al centro de un sistema de coordenadas culturales bien precisas, constituido por fuentes clásicas, de las cuales se vale el autor explícitamente (Virgilio, Ovidio, Columela), por la tradición de la poesía encomiástica colonial, que se había desarrollado con resultados alternos a partir de la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena, y que estaba muy presente en el bagaje de lecturas del jesuita novohispano, por la poesía didáctica del siglo XVIII italiano que vuelve a utilizar la herencia de la arcadia para expresar los nuevos intereses iluminados, y por la omnipresente polémica acerca del Nuevo

[75] Hasta la fecha, la crítica ha podido rescatar de los archivos a muy pocos poetas del siglo XVIII y tampoco superan los límites de una repetición manierista de los modelos extranjeros. Así, el estilo barroco tardío del ecuatoriano Juan Bautista Aguirre, el neoclasicismo de fray Martín de Navarrete, de la poesía religiosa de Olavide y de la *Oda al Paraná* de Lavardén, no revelan ningún interés particular.

[76] Los estudios más importantes sobre Landívar siguen siendo los de J. Mata-Gavidia, 1950; de O. Valdés, autor de la mejor traducción española (1942), y de I. Osorio Romero, 1983.

Mundo, elemento que no podía faltar en un escrito originado en el ámbito del grupo de los jesuitas expulsados.

La multiplicidad de las referencias culturales se conjuga con la pluralidad de las intenciones del autor que es posible percibir en el poema. Así, al lado de una finalidad más inmediata —presentar a un lector europeo un panorama interesante y placentero de la Nueva España— se encuentran otros propósitos más ocultos, que identifican una notable variedad de posibles destinatarios.

El empleo de la adjetivación, mantenido siempre en tonos elogiosos, revela ya un doble valor: una polémica subterránea pero evidente contra los "filósofos modernos" que, contemporáneamente, puede hacer las veces de una invitación a los lectores americanos a fin de que conozcan mejor su tierra, digna de recibir todas las atenciones posibles. A un público americano, lejano geográficamente pero presente en la voluntad testimonial de Landívar, se dirige entonces la intención didáctica del poema, un proyecto que representa su característica más significativa.

Esa finalidad se va poniendo claramente en evidencia por una lectura que aúna al estudio de las partes descriptivas de la *Rusticatio* el de los pasajes de exhortación. En el poema de Landívar el espacio natural, marco donde se mueven los hombres, tanto los del pasado como los del presente, asume un papel fundamental, a tal punto que la *Rusticatio* debe gran parte de su fama a las partes en que se describen las maravillas de ese espacio: cascadas, volcanes y lagos. También se encuentran los núcleos conceptuales que ya habían aparecido en la obra de los científicos: la referencia constante a la belleza, la afabilidad y la utilidad del Nuevo Mundo. Aquí, la idea de "utilidad" representa asimismo el eje central y Landívar se viste de cantor que exalta la fecundidad de la tierra, la riqueza de las ciudades, la abundancia del subsuelo, la variedad y la exuberancia de las especies animales y vegetales, así como la peculiaridad y el valor de las actividades humanas. En efecto, para él no basta enumerar y describir la cantidad de dones del Nuevo Mundo, la tarea que le parece más urgente es indicar el beneficio que se puede sacar de ellos, su intrínseca utilidad. La idea muy del siglo XVIII de la armonía entre la naturaleza y su posible uso se revela entonces como principal clave interpretativa del poema.

La inserción de la obra landivariana al inicio de una tradición de poesía didáctica que encontrará después en Andrés Bello y en Gregorio Gutiérrez González a sus más inmediatos epígonos del siglo XIX, incluye además una mejor

definición del público virtual al que intenta dirigirse. El "tú" vocativo que aparece en varias ocasiones en los versos de Landívar no remite a una figura anónima y universal, y tampoco a un genérico "americano", sino que adquiere un espesor concreto preciso, sobre todo si se lo relaciona con los grupos étnicos y las categorías sociales que el poeta describe. La "juventud americana" a que se dirige la exhortación final del poema es justamente esa juventud criolla a que se orientará la actividad educativa de los jesuitas, y a ella se confía la tarea de redescubrir y de explotar el continente:

> pero tú que dotes de ingenio en cantidad
> posees, las antiguas ideas abandona
> y ahora de las nuevas recubierto,
> decidido a descubrir de la naturaleza
> los arcanos, en la investigación empleas
> las fuerzas todas del ingenio y con
> dulce fatiga tus tesoros descubres.[77]

La voluntad de llevar a término este objetivo incluye la necesidad de abrir una perspectiva más amplia, por lo que necesita pasar del "como es" al "como podría ser". El valor como proyecto y utopía de la *Rusticatio* se pone en evidencia con absoluta claridad en la descripción de la sociedad de los castores, a la que está dedicado todo el sexto canto, y en la presentación de los juegos típicos de la Nueva España que, por su parte, ocupa el último canto. Los castores se vuelven entonces la imagen del futuro hombre americano y sus virtudes un ejemplo para los jóvenes criollos:

> Cuerpo insólito y extraño tiene el castor
> en suerte, junto a nobles costumbres.
> Y no muerde entonces con crueldad
> enemigos que con furia contra él
> se levantan, ni cede atraído
> por la ambición inmensa que el insomne
> corazón con afanes nutre. Ni la ira

[77] R. Landívar, *Rusticatio Mexicana,* Guatemala, 1950, p. 209.

ni el odio, ni lo influye gula desenfrenada,
o venganza lo agita, ni ansia alguna:
no es la angustia lo que afecta al castor
sino aquella que de su libertad
el honor agrede.
La tranquila vida del castor
admirar podrías, que con cuidadoso
ingenio y laboriosidad diligente
aloja a su gente y en los ríos diques
levanta y en la serena paz
la ilimitada ciudad suya gobierna.[78]

El canto final recomienda en fin a esa juventud americana forjar armonía entre los diversos grupos étnicos que pueblan aquellas regiones, un trato que se manifiesta en sus actividades lúdicas, por siempre imagen de una convivencia social posible.

El valor utópico de la *Rusticatio* aproxima después a Landívar a la corriente del redescubrimiento de la naturaleza americana, movimiento cultural que se expresa, como ya lo observamos, en una gran variedad de obras, unidas por una fuerte intención pedagógica, por una presencia tangible del autor en la página escrita y por una asunción de responsabilidad que evita los artificios de la ficción para dar vida a una forma de "literatura empírica", que instaura una constante relación dialéctica con la experiencia de la realidad: de ella se deduce el objeto de los textos para proponer después el cambio, tanto en la misma narrativa como en la concreción de las obras como objetos sociales.

Una funcionalidad de la literatura que resulta fundamental no sólo en el siglo XVIII: queda como una herencia certera a lo largo del desarrollo de la cultura en América Latina, no como sinónimo de un "compromiso" genérico del intelectual, sino cada vez que la escritura, la lectura, la acción social y la voluntad de transformación se concentrarán en textos que aspiran a llegar a ser al mismo tiempo testimonios y protagonistas de su tiempo.

[78] *Ibid.*, pp. 63-64.

7. El itinerario de descubrimiento y de identidad en versión americana: Concolorcorvo y el *Lazarillo de ciegos caminantes*

Las principales características de la literatura del siglo XVIII hispanoamericana se condensan en un texto singular: el *Lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera, alias Concolorcorvo. Se trata de una de esas raras obras que, a pesar de no ser obras maestras, quedan como punto de referencia para el estudio de todo un siglo y en una visión más general de la evolución cultural americana.

La ambigüedad relativa a la definición del autor de la obra, que tanto ocupó a la crítica, se origina a partir de su primera publicación, con un título que ya manifiesta la complicada trama frente a la cual se encontrarán los lectores; el título completo dice en efecto: *El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires, hasta Lima con sus itinerarios según la más puntual observación con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Históricas. Sacado de las Memorias que hizo Don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado Viage, y Comisión que tubo por la Corte para el arreglo de Correos, y estafetas, Situación y ajuste de Postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, Natural del Cuzco, que acompañó al referido comisionado en dicho Viage, y escribió sus Extractos* (con Licencia, en la Imprenta de la Rovada, Gijón, año de 1773).

Semejantes indicaciones ocultan en realidad dos falsos informes, que despistaron a los estudiosos durante por lo menos dos siglos: no obstante algunos claros indicios externos, el *Lazarillo* fue atribuido durante decenios a Calixto Bustamante Inca, quien así se volvió uno de los más interesantes ejemplos del mestizaje cultural de la Colonia, y otra información, la relativa a la fecha y al lugar de publicación, también resultó increíble después. Sólo recientemente se llegó a una solución definitiva de esas cuestiones, gracias a los estudios de E. Carilla, a quien se debe también la primera edición crítica del texto (Barcelona, 1973).[79]

Aunque la explicación de los "misterios" del *Lazarillo*, como los llama Carilla, retrasó su estudio más profundo, permitió también liberar el campo de una

[79] El *Lazarillo* conoce sus mejores estudios críticos con M. Bataillon, 1960, y E. Carilla, 1976.

serie de equívocos que habían limitado gravemente su importancia, desplazando por completo su área de interés: por ejemplo, su interpretación como novela picaresca, hoy completamente superada, impidió durante muchos años cualquier otra lectura posible.

Los estudios más recientes[80] insertaron definitivamente el texto de Carrió de la Vandera en esa galaxia, de limitación incierta pero de gran popularidad en el siglo XVIII, de los libros de viaje, con las características particulares vinculadas con su naturaleza de "itinerario", con los pasajes y las etapas de una inspección administrativa de un *Visitador* enviado directamente por la Corona. En efecto, éste era el oficio que Carrió desempeñó en aquellos años en América. Desde luego, dicha clasificación permite una mejor lectura del *Lazarillo* y contribuye a incluirlo con mayor precisión en el ámbito cultural al que pertenece, pero no agota sus posibles interpretaciones, así como los datos biográficos de su verdadero autor no asumen una relevancia si no se los vincula estrechamente con el texto: éste supera en realidad toda intención autobiográfica y se organiza como tema autónomo. Su interés va más allá del dato histórico-informativo y define un espacio específico, que resiste a toda tentativa de inserción en categorías predefinidas.

La dispersión de la voz narrativa y los continuos enmascaramientos a los que se somete representan un primer elemento de extraordinario interés. En efecto, existe un "yo" narrador presente en todo el itinerario, pero ello no coincide con la misma voz. Dicha alternancia oscila de un Concolorcorvo que se autodefine indio neto a un visitador que juzga los apuntes de su amanuense para añadirles consideraciones personales, a varios personajes que relatan anécdotas o que ofrecen informaciones útiles para el viaje. Sobre este complicado movimiento vigila la presencia del autor real que se presenta como un yo ulterior en los pasajes en los que se requiere la veracidad informativa propia del itinerario y que distribuye los papeles en función de los temas abordados y de las finalidades polémicas más inmediatas. Por tanto, la multiplicación del punto de vista no es casual y aun si puede originarse en la efectiva consulta de los apuntes tomados por Calixto Bustamante, produce un efecto de disolución de gran eficacia, que puede ponerse en evidencia hasta en el prólogo.

En realidad, en él ocurre de inmediato el desdoblamiento de la voz narrati-

[80] Uno de los estudios más interesantes es el de E. Pupo-Walker, 1982.

va, entre el indio que se define "descendiente de sangre real, en línea directa como la del Arco Iris", y un testigo, claramente el visitador, que vio "en la corte de Madrid a algunas personas que estaban admiradas de la grandeza de nuestro Monarca porque cuando él se trasladaba a las Propiedades Reales su Secretario de Estado llevaba consigo dos funcionarios de correos que llaman de gabinete, preparados para cualquier viaje imprevisto y necesarios para los intereses de la Corona". Sin embargo, el "yo" que refiere este informe se oculta de nuevo: "A estas personas maravilladas, aprendices del gran mundo, decía el visitador […]"[81] y asume la voz del indio Concolorcorvo, su principal máscara. Estos continuos cambios, que no facilitan la lectura y tanto menos la fluidez del texto, llegan a su clímax paradójico en los capítulos en que se expresa el juicio sobre la conquista y sobre la administración de la colonia. Esas páginas, que corresponden a la llegada a Cuzco, se estructuran como un diálogo entre Calixto Bustamante, que además ya no pertenecía a la expedición, y el Visitador, que aquí impone su opinión por autoridad. En realidad, el efecto dialógico no se logra muy bien y se tiene la impresión de encontrarse ante un monólogo, interrumpido aquí y allá por preguntas, a menudo inoportunas, del indio. La posición de Carrió, orgullosamente prohispánica y antiindígena, ha sido subrayada en varias ocasiones, aunque parece diluirse en ese juego de cambio de voces narrativas, casi sometido a una revisión, a una alteridad con irónicos efectos paradójicos.

Al lado de este desplazamiento del sujeto narrador, existe además un movimiento real, un distanciamiento concreto, el del viaje de Montevideo a Lima, por las numerosas estaciones de posta que se encontraban a lo largo del itinerario. En efecto, el libro se dirige primero a quien viaja, a los "caminantes", que podrán apreciarlo mejor que aquellos que no se mueven de su sillón, aun si el narrador, "peje entre dos aguas", pretende desempeñar ambos papeles. Semejante dedicación no sólo representa una de las motivaciones contingentes del *Lazarillo*, sino que provee su estructura básica; el trayecto del viaje se transforma en el armazón del texto y la distancia entre las ciudades mide también la longitud de los capítulos. El espacio atravesado se describe con gran abundancia de particularidades y con una aguda capacidad de observación: dividido en secciones y presentado con sus curiosidades peculiares, en algunos pasajes se vuelve el fondo sobre el cual empiezan a moverse grupos y personajes; la descripción de los gauderios, los inmediatos precursores de

[81] Carrió de la Vandera, *Lazarillo de ciegos caminantes*, ed. a cargo de A. Lorente Medina, Caracas, 1985, p. 5.

los gauchos, pertenece a esta caracterización del espacio narrado, y sus extrañas costumbres no sólo son descritas por un observador externo, sino que se imponen a él gracias a un encuentro, a la relación directa que llega a crearse:

> Una tarde el visitador quiere hacer una excursión a caballo, y se dirige con su guía a una de esas montañas cubiertas de bosques, donde se encuentra una numerosa comunidad de gauderios de ambos sexos y los invita a divertirse con él, sin provocarlos, para no recibir como consecuencia algún bolazo.[82]

El rápido encuentro nos permite conocer desde adentro la vida de esa gente, que se presenta con sus propios nombres, aquellos nuevos nombres derivados del *Calendario* de Don Cosme Bueno, y con sus propios cantos, por primera vez transcritos y transmitidos.

El relieve dado a los lugares y a la humanidad que se encuentra en el camino contribuye de modo decisivo a la regionalización en el sentido localista del espacio, basado sin embargo no exclusivamente en datos de la naturaleza, en la producción minera o en la difusión de una especie vegetal, como había sucedido con los viajeros-científicos, sino también en las características de los habitantes, de las ciudades y de las campiñas, un elemento rural cuya peculiaridad se pone por primera vez en relieve.

Estos dos aspectos ya revelan una superación automática de la finalidad inicial de Carrió, una ampliación de perspectiva que se aprehende muy a pesar de la propia voluntad del autor. La multiplicación de la voz narrativa, truco para ocultar sus propias responsabilidades frente a las posibles imputaciones de las autoridades de Lima, se transforma en un efecto de extrañamiento, de desaparición de un punto de vista fidedigno, y rehúye en más de una oportunidad el control de Carrió para producir un texto utilizable e interpretable de las más diversas maneras.

Del mismo modo, la descripción curiosa y la inserción de las voces de los personajes encontrados, de sus opiniones y de sus hábitos, llevan a una irremediable fragmentación del espacio, a una caracterización que rompe la unidad del virreinato para poner en evidencia realidades locales que emergerán después sutilmente en los años por venir.

Otro aspecto del *Lazarillo* contribuye a revelar su complejidad e interés: en

[82] *Ibid.*, p. 91 (cap. VIII).

el libro es posible rastrear numerosas citas intertextuales, explícitas e implícitas, una miríada de remisiones que revelan el bajage de lecturas de Carrió y que se pueden dividir en dos grandes grupos. Por una parte los autores clásicos, Tácito, Virgilio, los escritores españoles, Cervantes, el anónimo del *Lazarillo de Tormes*, sobre todo Quevedo y Feijóo, y los escritores franceses contemporáneos al autor, como Fénelon y Montesquieu. Por otra parte, las continuas remisiones a la tradición historiográfica americana, de Las Casas a Solís, de Herrera al Inca Garcilaso, para llegar a los viajeros del siglo XVIII, a las *Relaciones* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Esta intertextualidad, reiterada y omnipresente, sitúa al *Lazarillo de ciegos caminantes* en una encrucijada histórica y literaria, y propone un sustrato culto que desea enriquecer el texto con un valor literario ajeno al género del itinerario. La cita erudita sirve entonces como punto de encuentro entre el autor Carrió y su público, como una señal de acuerdo y de encuentro en un mismo nivel, que desde luego no puede ser el de Calixto Bustamante y que se eslabona directamente con la pluralidad de voces narrativas.

El valor cultural de las alusiones opera, por tanto (como bien lo identificó Pupo-Walker), como trampolín hacia una apreciación estética del *Lazarillo*, un objetivo que Carrió deja en un segundo plano pero que de cualquier modo está presente en todo el desarrollo de la obra, a partir de aquel ejemplo mitológico inserto en el prólogo, hasta la consideración sobre su buen éxito como obra de literatura:

> Ninguna obra hasta ahora es agradable para todos y hay muchísima gente que, incapaz de componer seis líneas en octava, se permite criticar las frases del hombre más hábil. Todo esto ya es conocido para el autor. Si lograra resarcirse del costo de la publicación (y lo dudo mucho), aun si "La Robada" lo tratara bien gracias al respeto que me debe y a la antigua amistad, ganaría siempre mucho con difundir su propio nombre y apellido por los inmensos dominios de España, con más fundamento que el *Guzmán de Alfarache* y el *Estebanillo González*, que tantos sabios y tantos ignorantes alaban con diversos intereses.[83]

A la pluralidad de voces y de movimientos corresponde, como se puede esperar, una importante multiplicidad de registros lingüísticos y estilísticos: un primer nivel es inherente a su mismo carácter de guía y la connotación lingüís-

[83] *Ibid.*, p. 223 (cap. II).

tica correspondiente es de tipo informativo, vinculada con la voluntad de dar a conocer el espacio atravesado y sus aspectos más importantes:

> Se sale de Buenos Aires por dos avenidas, ambas pudiendo ser recorridas en carreta, para llegar a Luján: una, que es la más común, se encuentra al oeste y se llama de la capilla del Merlo y la otra, al lado oriental, a la que llaman de las Conchas, debido a un pequeño riachuelo con ese nombre que atraviesa gran parte de ese territorio.[84]

Otro tipo de información, siempre en este primer nivel, atañe al comercio de las mulas, un tema muy central para Carrió:

> Para concluir un tema de tanto interés para los comerciantes, categoría que estimo entre los caminantes, explicaré al público ignorante en este argumento el origen y la propagación de una tan grande cantidad de mulas, que nacen en la pampa de Buenos Aires de madre yegua.[85]

Este primer grado de expresión comporta la introducción de una terminología técnica derivada de los servicios postales, de la práctica del comercio y del uso de los medios de comunicación de la época, confiere un sello de experiencia al texto y lo encuadra por pleno derecho en una corriente cultural cuyo fin principal es la educación y la información del propio público en todos los campos del saber, de los más elevados a los más comunes. Dicha finalidad la expresa esencialmente la voz narrativa del visitador, que aspira a lograr una credibilidad absoluta ante sus lectores.

El segundo registro es ciertamente narrativo e incluye por un lado el uso de las fórmulas que exige el proceder mismo del viaje: "ya es tiempo de hacer salir a los señores viajeros de Buenos Aires, que conduciremos sus carretas, por ser el modo de viaje más cómodo y usual […]", o bien "Ya estamos en sus tierras, señor Concolorcorvo, me dice el inspector; o mejor dicho en las de sus antepasados".[86] Por otro lado se encuentran ciertas inserciones que cumplen el objetivo de hacer más agradable la lectura y de interrumpir el flujo de informes y datos. Dicho registro es común a todos los diversos narradores que se hallan

[84] *Ibid.*, p. 33 (cap. III).
[85] *Ibid.*, p. 75 (cap. VII).
[86] *Ibid.*, p. 135 (cap. XV).

en el texto pero, mientras la lengua del visitador es más rica en referencias culturales, la del indio Concolorcorvo se entrevera con el léxico quechua y con las variantes del español peruano. Por consiguiente, también en este nivel las voces se separan y se diferencian, y sigue siendo difícil su exacta identificación. El registro satírico humorístico, que es también el más evidente en una primera lectura, desempeña un papel importante en el *Lazarillo*. El efecto de hilaridad se logra de diversos modos, del más simple, como por medio de la introducción de breves relatos divertidos o de simples y llanos chistes, al más sutil, como la sátira en clave, por ejemplo, con el enigma de las cuatro P, hilo conductor polémico de toda la obra. El uso de este registro parece una novedad respecto del género del "libro de viaje", sobre todo cuando, como en el caso del *Lazarillo*, resulta una corriente subterránea que lo acompaña a lo largo de todo su desarrollo, también en los puntos en que se enfrentan las diversas opiniones sobre un argumento que parece ajeno a todo posible humorismo: el de la conquista y del domino español. En esos capítulos, la elección del cambio de diálogo, unida a un lenguaje voluntariamente mantenido en tonos coloquiales, provoca un extraño efecto de desorden, de una exagerada exaltación de los españoles, subrayada también por una especie de autocondena a que se resigna el indio Calixto Bustamante. En realidad, dicho resultado nace involuntariamente en el momento en que entran en contacto los dos polos extremos de la sociedad colonial, en la imaginación de un diálogo que en realidad era imposible, en la atribución al indio de una voz que no podía ser la suya pero que conserva, a pesar de todo, una forma de diversidad irreducible.

El último nivel está representado por las intervenciones crítico-reflexivas, que intentan explicar o hacer comprender las situaciones presentadas, ya sea la conquista, el comercio de las mulas o el juicio sobre el "repartimiento". Las conclusiones a que llega Carrió, que en este caso se presenta con el saco del autor, no parecen tener gran valor, ni siquiera si se las compara con la situación cultural contemporánea, y la defensa de la presencia española y las propuestas de reforma del servicio postal no parecen tener tampoco un peso decisivo y tal vez resulta más característica la descripción que da de los indios, obligados al trabajo forzado, la "mita", en las minas de Potosí, atrapados no en el sufrimiento de una trágica obligación, sino en el viaje de alejamiento:

> En la pampa de Pacajes se reúnen los indios mitayos de aquellas provincias que se dirigen a Potosí a trabajar en las minas de esa montaña y ahí se lleva a cabo una simpática fiesta, cuando los indios se separan de sus parientes y amigos, algunos con júbilo, otros llorando, y consumen las provisiones que les provee el camino y que llaman "leguaje" […] En un trayecto tan largo esta gente ocasiona daños semejantes a los de las langostas, porque así como éstas devoran las cosechas por donde pasan, estos hombres se comen las manadas, matan vacas y becerros para alimentarse, sin desdeñar las papas maduras, ya que se consideran servidores del rey y se comportan como si fueran un ejército en un país enemigo.[87]

La descripción puede parecer paradójica (se trata de indios obligados a un trabajo forzoso) y desde luego es muy distante de la reflexión de un Victorián de Villava, español que veinte años después someterá a una durísima crítica dicha práctica;[88] no obstante con una breve anotación, ese "como si fueran un ejército en un país enemigo", presenta una imagen involuntaria pero realista de una situación social que estallará en una rebelión poco tiempo después.

Los diferentes niveles de la narración y los correspondientes registros lingüísticos se entrelazan en el *Lazarillo* hasta crear un amalgama indivisible. Al contrario de lo que sucede en muchos libros de viaje, las inserciones heterogéneas superan el carácter de simple digresión para asumir el de diverso grado de discurso, de una progresiva ampliación del campo de interés, de una continua nueva propuesta de reflexión para un público que se sitúa entre el indio Concolorcorvo y el español Carrió, en esa sociedad criolla que parece ser el más importante de los destinatarios posibles y el más idóneo para recibir la curiosa mezcla de modernidad iluminada y tradición colonial representada por las ideas del visitador. Por tanto, la pluralidad de los narradores y la variedad lingüístico-estilística pertenecen a un solo proyecto de narrativa, a una tentativa, no siempre lograda pero muy significativa, de dar voz a un referente que revelaba en su interior una diversidad no reducible a categorías ya consolidadas.

El *Lazarillo* representa entonces el punto de convergencia de las corrientes culturales de la época, la reflexión histórica, el diario de viaje, la tensión pedagógica y el debate acerca de la administración, y al mismo tiempo las desune, las

[87] *Idem.*

[88] Lo escrito por Victorián de Villava, *Discurso sobre la mina del Potosí* (1793), lo ha reproducido J. L. Chiaramonte en su antología.

supera en su tentativa de una síntesis completa, de ofrecer un marco que logre la más amplia perspectiva posible.

No se pueden más que compartir en este punto las conclusiones de Pupo-Walker acerca del *Lazarillo* y su función dentro de la literatura hispanoamericana:

> En última instancia, resulta claro que la originalidad del *Lazarillo* y de la narrativa americana en general no reside obviamente en la pintoresca raíz etimológica del vocablo, sino sobre todo en la transformación creativa de los antecedentes relatados. Además, se deduce que el texto americano no puede consolidarse en la causalidad nítida de una tradición explicada en contextos culturales unificados y precisos. En otras páginas, he sugerido que la expresión literaria de América será, casi siempre, una actividad reflexiva que tiene su difícil razón de ser en la noción perenne de un devenir incierto: éste es acaso un indicio primario de nuestros mejores textos; la nuestra es una narrativa basada en una plenitud siempre futura; una plenitud que al mismo tiempo alimenta y anula esta narrativa.[89]

Se podrá añadir a estas palabras la comprobación de que la plenitud a la que tiende el *Lazarillo* no se limita a la escritura, sino que aspira a ampliarse a la sociedad, intercalándose en un imposible proyecto de autonomía criolla en el interior del Imperio español y de mantenimiento del orden social existente; pero al mismo tiempo la ironía del texto niega este proyecto y revela todos sus límites, devolviendo al centro de la cuestión la confrontación entre indios y blancos, problema central de muchas reflexiones sobre el ser americanos.

8. Del viaje a la memoria: fray Servando Teresa de Mier

La inserción de las *Memorias* de Servando Teresa de Mier en la conclusión de un capítulo dedicado a la literatura del siglo XVIII requiere una explicación preliminar, debido a que la tendencia general ha sido incluir la obra de Mier en la época de la Independencia, a la luz también de su participación activa en ese movimiento político, atestiguada por una abundante producción de discursos y de artículos.[90]

[89] E. Pupo-Walker, *op. cit.*, p. 189.

[90] La indicación de C. Goic está contenida en su *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana,* Barcelona, 1988, vol. 1, p. 480. Una contribución reciente sobre fray Servando es la de L. Arguedas, 1984.

Las *Memorias* se vinculan, como es obvio, con la biografía de Mier, y conforman entonces su fuente principal en lo que se refiere a los años que van de 1794 a 1805. Sin embargo, el relato que se desarrolla en esas páginas no se limita a registrar una serie de sucesos personales y situaciones aventureras, pues describe también un crecimiento intelectual y propone su experiencia como digna de atención, de modo que el recuerdo se vuelve ejemplo. Las *Memorias* se sitúan por tanto en el límite extremo de la cultura del siglo XVIII: Mier se siente un hombre suspendido entre dos siglos, que parte del púlpito de la iglesia de Guadalupe para llegar a las bancas del parlamento mexicano, después de pasar por innumerables y diversas prisiones y conocer a algunos de los personajes más famosos de su época, y semejante trayectoria tan particular se expresa de manera clarísima en su narrativa, en la transformación del dato autobiográfico en memoria escrita.

El texto de las *Memorias* contiene en realidad dos escritos diferentes de Mier, compuestos entre 1817 y 1820, durante el periodo de su reclusión en la ciudad de México y después en la segunda de sus tres permanencias impuestas en San Juan de Ulúa, fortaleza en que se recluía a los detenidos en espera de ser trasladados a España. El primero es la *Apología del Doctor Mier*, el segundo la *Relación de lo que sucedió en Europa al Doctor Don Servando Teresa de Mier, después que fue trasladado allá por resultas de lo actuado contra él en México, desde julio de 1795 hasta octubre de 1805*.

Si la composición de las *Memorias* se da doce años después de los acontecimientos narrados, su publicación no verá la luz sino hasta 1876, a cargo de José Eleuterio González.[91] Los intervalos temporales que median entre el acontecimiento de los hechos, su asunción como "memoria" y su aparición con cubierta de libro no sólo interesan a la crítica externa al texto y a su reconstrucción filológica. En realidad, la distancia entre el acontecimiento y su recuerdo señala un tiempo de reflexión, una nueva sistematización de los datos que se vuelven coherentes hasta adquirir el sentido completo que se desea transmitir a sus lectores virtuales. Se trata de lectores imaginados e imaginarios, ya que las *Memorias* se propondrán luego a una generación sucesiva a la de Mier, cuando ya se han vuelto historia los acontecimientos de la guerra de Independencia y de la formación de la nación mexicana.

[91] La primera edición de las *Memorias* de Mier fue publicada en 1876 por José Eleuterio González, la edición moderna consultada es la de A. Castro Leal (México, 1946), en dos volúmenes, y que contiene asimismo una bibliografía de las obras de Mier, además de publicar otros escritos autobiográficos posteriores.

Este segundo salto temporal excluye al libro de la literatura de la Independencia, en que Mier participa con sus escritos históricos y políticos, y lo sitúa en un espacio intermedio, en una zona de transición en la cual la escritura se dirige todavía a un público potencial, aquel que comparte el mismo universo cultural del autor, pero que en realidad ya nunca logrará leer el libro del que era destinatario.

La narración de las *Memorias* puede dividirse en tres partes, que coinciden parcialmente con la división de los textos que la componen. La primera atañe al famoso sermón de fray Servando sobre la tradición de la Virgen de Guadalupe, e incluye una larga disertación sobre los antecedentes culturales, las fuentes históricas y el debate que anticipa el sermón. Por su parte, la segunda se refiere al proceso y a la condena que siguieron y que concluyeron con el exilio del autor a España. En la tercera parte el escenario de la acción es Europa, primero España, donde Mier espera obtener justicia, luego Francia e Italia, donde logra la secularización de sus votos religiosos, y de nuevo España, donde de nuevo es encarcelado y de donde logra huir por enésima vez, dirigiéndose a Portugal, punto en que se interrumpe la narración.

Sin embargo, la división en campos temáticos no impide que el libro posea una sólida unidad, atribuible a la presencia de un centro de gravedad al que se hace referencia casi en cada página del libro: un "yo narrador" que se impone como único garante de la escritura, como único canal posible entre el hecho y los posibles lectores. El género de las "memorias" prevé esta constante presencia, pero en Mier adquiere un significado absoluto y se afirma como punto de convergencia del mundo descrito y de las ideas que circulan dentro del texto.

La continua intervención de un "yo" invasor representa el primer elemento de transición: el indagador del siglo XVIII que describió la naturaleza con pretensiones de objetividad científica y que se mantenía en un plano diferente del objeto de observación, pese a conservar un elevado grado de participación, es sustituido por un narrador omnipresente que antepone siempre su propio juicio respecto de la descripción, que da su opinión como elemento primario de la reflexión. El viaje europeo de Mier se asemeja entonces a su polémica sobre la Virgen de Guadalupe: aquí y allá no hay espacio para criterios diferentes de los propios y la experiencia personal cuenta más que cualquier dato de la tradición. El "yo" del siglo XVIII evolucionó para transformarse en un personaje que conserva todavía muchas de aquellas características, pero que se presenta con inconfundibles huellas de diversidad. Las páginas de las *Memorias* siguen su evolución: los juicios sobre las muje-

res europeas (un tema particularmente grato para el sacerdote mexicano) son agudos y absolutos, centrados todos en la belleza de algunas y la fealdad de otras, así como a su mayor o menor "gentileza". En cambio, no se dedica espacio alguno a una descripción precisa de las ciudades recorridas, sean París, Roma, Nápoles o Madrid; en efecto, "en todo reino venden pequeñas guías de las calles, de las distancias, de los lugares y cosas dignos de ser visitados en cada uno de ellos. En las grandes ciudades venden sus planos en forma de pequeño libro, para orientar al forastero, con la información de cuanto contienen".[92]

A Mier le interesa comunicar su experiencia: el café de París donde se pueden leer los diarios de actualidad y escuchar a los cantantes de moda; la carroza que lo lleva de Civitavecchia a Roma y que le cuesta una fortuna; la habilidad de los catalanes para los negocios y la nociva fama que percibe en los españoles cada vez que habla de ellos. El "yo narrador", eje central de la obra, determina el desarrollo de la narración y transforma el intento pedagógico de la literatura del siglo XVIII en la necesidad de exponer las propias ideas y utilizarlas para convencer aun antes de terminar de describirlas.

El "yo narrador" es un protagonista absoluto con caracteres muy claros, y en el plano histórico es en realidad desde el inicio un criollo americano descendiente de la nobleza más importante de España, y cuyos antepasados conquistaron Nuevo León; en el aspecto cultural, es un fraile dominicano no demasiado convencido de su vocación religiosa e interesado en toda nueva idea que se le presente; en el plano psicológico, es un poco ingenuo, con demasiada confianza en el prójimo y en la autoridad; físicamente es alto y de buen aspecto, como lo muestra este autorretrato, bastante indicativo:

> Tenía la fortuna que mi aspecto, aún en la flor de los años, atraía a mi favor a hombres y mujeres; el hecho de provenir de un país tan lejano como México me daba una especie de imagen de ser mitológico, que excitaba la curiosidad y reclamaba la atención; mi carácter alegre, simple y abierto conciliaba los ánimos y cuando oían con atención, y por lo cual siempre buscaba comer en una mesa redonda, todos se volvían mis amigos y nadie podía convencerse de que un hombre con mi instrucción y mi educación fuera un hombre ordinario. Me presentaban en las reuniones

[92] Servando Teresa de Mier, *Memorias*, México, 1946, vol. II, p. 57.

> de sociedad y en vista de que a los franceses les gusta mucho estar juntos en la mesa, yo comenzaba a gozar de la ajena.[93]

De semejante personaje no se puede esperar una narración objetiva de los hechos, y desde el inicio Mier asume una posición precisa: la suya es una "apología" en el sentido más completo del término, una franca defensa de oficio llevada a cabo con todas las armas posibles. La polémica acerca del sermón de 1794, origen de todas sus futuras desventuras, no se limita a la discusión sobre una tradición religiosa local; se alarga en exceso y abarca toda la historia mexicana, así como la relación entre españoles y criollos, entre modernidad y tradición, además de exigir, como siempre, un complicado juego de intrigas personales y de envidias conventuales.

En aquel célebre sermón, el entonces fray Servando Teresa de Mier había intentado demostrar una teoría ya conocida, pero que jamás había tenido el honor de ser predicada desde el púlpito de la propia basílica guadalupana: la novedad se basaba en la certeza de que la imagen de la Virgen no hubiera sido dada al indio Juan Diego en 1531, y que en realidad proviniera de la misión evangelizadora que había realizado el apóstol santo Tomás en las Américas, y que los indios la hubieran conservado intacta hasta la llegada de los españoles.

Una tesis que Mier demuestra mediante numerosos testimonios históricos, que van de los primeros misioneros a Sigüenza y Góngora, de Boturini a Veyta, llegando hasta al doctor Borunda, quien fuera el primero en referir dicha tradición.[94] Sin embargo, para el hermano dominicano no bastan las pruebas en positivo, también es necesario demostrar en la realidad la falta de fundamento de la tradición opuesta; Mier se dedica con empeño y energía a alcanzar dicho objetivo, con el resultado de atraerse la ira de las autoridades religiosas.

> Este Señor de la Corona de espinas al que describen desnudo con una cruz en la mano, formada por cinco esferas de plumas, era llamado con otro nombre, *Méxi*, que pronunciado en mexicano como en hebreo, con la misma letra hebrea *scin*, tiene el mismo significado en ambas lenguas, es decir ungido o Cristo. Por eso cele-

[93] *Ibid.*, vol. II, p. 61.

[94] Los textos más importantes a los que hace referencia Mier se encuentran en Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII,* México, 1879. El estudio de referencia sobre la tradición guadalupana sigue siendo el de J. Lafaye, 1974.

> braban su fiesta todos aquellos que habían sido ungidos y también decían que habían recibido el nombre de mexicanos después de que Dios les ordenara ungirse la cara con cierto aceite; es decir, que mexicanos significa lo mismo que cristianos y en consecuencia México significa *lugar donde es adorado Cristo.*[95]

Sin embargo, no sólo discute el tema en el plano histórico-filológico, pues exagera el contraste, siempre más evidente, entre españoles y criollos, entre el arzobispado que sentía antipatía por *los criollos y sus glorias*, y fray Servando, que se propone como víctima de una persecución que atañe a todo un grupo social:

> Las leyes de las Indias bajo los acuerdos que la corona estableció con nuestros padres privilegian a los nacidos en las Indias en todos los empleos. Pero, después de haber sido excluidos casi por completo de los civiles, militares y políticos, por intriga de palacio o por casualidad, se refugiaron en la Iglesia, y en los estudios religiosos, ya que para estas misiones no tienen a favor sólo las leyes de las Indias, sino también los acuerdos de los primeros obispos con el rey y los decretos que excluyen a los hombres que no nacieron aquí de la función de obispos. Sin embargo Haro, con las sucesivas colonias de europeos no sólo ocupó su palacio, sino también la Catedral, la Universidad, las secretarías de los religiosos; y para dominar también al clero estaba creando una gran colonia en el Seminario, contra la naturaleza misma de esa institución. Y teniendo en sus manos los europeos también el poco comercio que se permite, ¿qué queda para los hijos de estos mismos europeos empleados y comerciantes? ¿Una cuerda para ahorcarse? Y ¿puede esperarse prosperidad cuando se reduce a la desesperación a la parte más importante de la nación, la más instruida en sus leyes y de mayor influencia?[96]

La transformación de una discusión religiosa en cuestión política es resultado de un hábil artificio retórico (en este extracto se nota, por ejemplo, el empleo del término "colonia", que se vuelve instrumento de opresión de los criollos), y pertenece ya a la sensibilidad del Mier, precursor de la Independencia. No obstante, es interesante subrayar la transición cultural que emerge de ello: el interés histórico y experto de una hipótesis que explique de manera novedosa la histo-

[95] Servando Teresa de Mier, *op. cit.*, vol. I, p. 33.
[96] *Ibid.*, vol. I, p. 188.

ria mexicana, interés que formaba plenamente parte de la cultura del siglo XVIII, se vuelve motivo polémico, arma política para reivindicar los propios derechos de los criollos. El hecho de que ambos grupos hagan referencia a la tradición guadalupana, cada uno con finalidades contrarias, revela también los límites que los criollos imponían a esas reivindicaciones. En realidad, no se trata de negarla como instrumento de colonización, sino de interpretarla a su favor, de atribuir a los indios una improbable y antiquísima fe cristiana para poder apropiarse de una historia de la que se sienten excluidos.

La narración del cambio de perspectiva ocupa la totalidad del relato de las aventuras europeas, ciertamente la parte más amena de las *Memorias.* Se trata de nuevo de un viaje, hilo conductor de toda la literatura del siglo XVIII; sin embargo, en este caso se invierten los términos de referencia: el viajero es un americano y el paisaje es el de países europeos como España, Francia e Italia. La comparación se vuelve así motivo de orgullo por ser americano y Mier no se ahorra críticas al Viejo Mundo, más bien parece que justamente el conocimiento de los usos y costumbres europeos permite una mejor consideración de los propios.

El objetivo principal de los ataques de Mier es naturalmente España, país en que el mexicano no encuentra ningún trato amable, ni desde el punto de vista físico ni aun menos desde el cultural:

> "¡Jesús qué bárbaros! —me decía en Roma Montengón, autor del *Eusebio*—. Se me cayó la pluma de la mano. Ya no escribiré en castellano. La historia romana la estoy escribiendo en italiano." El cándido Masdeu contaba los hechos que le ocurrieron en España, que —me decía— ni siquiera en Siberia. Hervás me narraba que aquello que escribió en Horcajo, su ciudad natal, no lejos de Madrid, lo había hecho basándose en apuntes y cuando necesitó de una Biblia para citar un texto, sólo logró encontrar una entre todos los sacerdotes de los alrededores, que no tenía ni el principio ni el final. "No se puede escribir en España —me decía—, no hay libros."[97]

También en este pasaje es posible apreciar la habilidad de Mier, quien pone en boca de escritores españoles las críticas más feroces en contra de la península; críticas que se exacerban en la descripción de las ciudades europeas que parecen haber sido todas diseñadas por "gente enemiga de las líneas rectas", donde

[97] *Ibid.*, vol. II, p. 73.

el clima es a menudo malsano, la población infiel y siempre pronta a engañar al pobre americano ingenuo, sobre todo si es rico. En este desolador panorama, el "yo narrador" pierde su ingenuidad natural y el viaje por Europa se vuelve asimismo un viaje de formación: el espectáculo de la corte de Madrid y de su corrupción lo hacen abandonar toda confianza en la autoridad monárquica; las continuas traiciones por parte de los religiosos lo llevan a elegir la secularización; las artimañas del protagonista se vuelven más sagaces. De este modo, si para evadirse de un convento de Burgos imaginó lanzarse por una ventana agarrado de un paraguas, con la certeza de hacerse pedazos en el suelo, el mexicano Mier logrará después cruzar Francia gastando la tercera parte de lo que normalmente cuesta el viaje, aprovechando la hospitalidad que logra obtener.

A esta evolución contribuye el encuentro con los intelectuales europeos, frente a los cuales Mier no manifiesta ninguna turbación, y así se sitúa en un nivel de igualdad, desde luego sin superioridad. Los personajes que se encuentran en las páginas de las *Memorias* se llaman Jovellanos y Muñoz, Chateaubriand (del cual Mier traduce el *Atala*), el abad Grégoire y Simón Rodríguez, preceptor de Bolívar, así como los jesuitas expulsados, mexicanos y españoles, que encuentra en gran número en Roma. Sin destacarlo mucho, poco a poco se desarrolla el protagonista Mier, y con él sus ideas: si durante el proceso en México todavía había mostrado respeto a la Corona española y no había puesto en duda el vínculo de ésta con la Nueva España, éste será negado al llegar por segunda vez a la península ibérica, procedente de Italia: "Heme aquí de nuevo en el país del despotismo, de nuevo en las fauces del león, para que devore a su presa. No existe otro camino para tratar de volver a mi patria".

Y, luego además, describiendo la pobreza de España:

> De todo esto tiene la culpa la maldita América que con aquellos 5 500 abundantes millones que, según los cálculos del barón de Humboldt, entregó a España, la empobreció. Suministrándole 100 millones de consumidores y todos los productos de las otras tres partes del mundo, y pieles por millones, arruinó sus fábricas que se contaban por cientos de miles. Un puño de aventureros que después de haber engañado a los indios los hicieron combatir unos contra otros, hasta destruirse todos entre sí y entregar América a España, han causado la ruina de la población española que llegaba a 50 millones. Con todo ello se acabó la agricultura y llegó el hambre, no obstante el maíz, las papas, todas las especies de frijoles imaginables, el

pimiento, los tomates y el chocolate que constituyen su alimentación y su placer y que le ha suministrado América. Pero ¿por qué jamás la dejarán?[98]

La pregunta irónica es indicio de la transformación del hermano predicador de la Colonia en ideólogo de la Independencia: la economía, la historia, la industria y el comercio, el testimonio del más grande de los viajeros europeos, todo viene compendiado en el ¿Por qué no la dejan?, verdadero punto de llegada de la evolución del personaje Mier.

Aunque esa cultura que contribuyó de manera decisiva a la formación del autor de las *Memorias* no contenía en sí las razones de la Independencia, y tampoco sus necesarios antecedentes ideológicos, había construido un marco dentro del cual después se coordinaría la descripción de la Nueva España. El libro de Servando Teresa de Mier ofrece el testimonio tal vez más interesante de esta transición, del paso que conjuga en una síntesis inesperada los datos de la tradición y las influencias de la filosofía moderna y de las nuevas ciencias, el encuentro con una Europa trastornada por la Revolución francesa primero y por Napoleón después, y su renovada conciencia criolla, para dar vida a una experiencia vital que podrá entonces autodefinirse verdaderamente como "americana".

Bibliografía

Textos

Abad y Queipo, M., *Estudios,* introducción y selección de Gerardo Brown Castillo, Secretaría de Educación Pública, México, 1947.

Acosta Enríquez, J. M., *Sueño de sueños* (1792), Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario, 55), México, 1945.

Alcedo, A. de, *Diccionario geográfico de las Indias Occidentales* (1789), Atlas (Biblioteca de Autores Españoles), Madrid, 1967.

Alegre, F. I., *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús en Nueva España,* Institutum Historicum, Roma, 1959-1960.

[98] *Ibid.*, vol. II, p. 138.